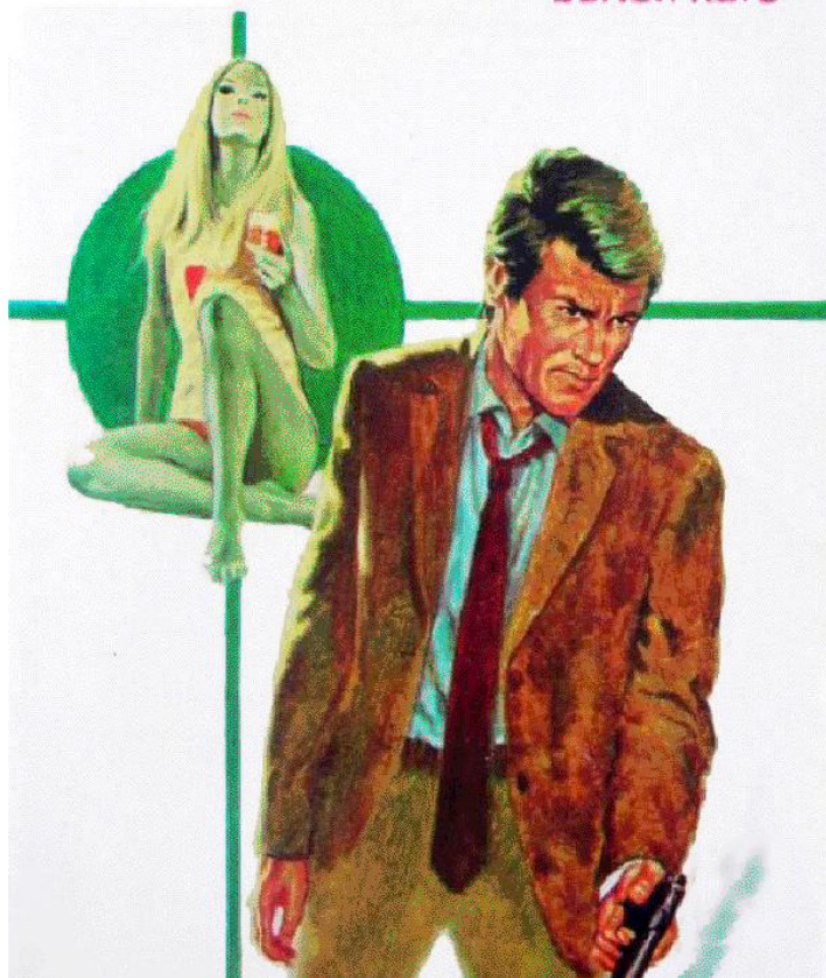


BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
PUNTO
ROJO

al sur del crimen

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

BURTON HARE

AL SUR DEL CRIMEN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 675

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 55.779 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1975

© BURTON HARE, 1975

texto

© SALVADOR FABA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.285 — La dama del callejón.

En Colección **PUNTO ROJO**:

670 — La saga de los murciélagos.

En Colección **LA HUELLA**:

20 — Morir no gusta a nadie.

CAPÍTULO PRIMERO

Estaban sentados a una de las diminutas mesitas del Riviera, cada uno frente a un gran vaso empañado por el hielo.

Bernie Dane dio un sorbo al licor y gruñó:

—Si quisieras prestarme un segundo de atención, tal vez podrías enterarte de lo que deseo proponerte. ¿Sí, muchacho?

Su compañero desvió la mirada del más exquisito par de piernas que viera en su vida y sonrió.

—¿De qué estabas hablando?

—¡Eh, por todos los santos! Deja de ocuparte de esa fulana y atiende...

—¿La conoces?

—¿Qué?

—A la dama de hermosas piernas.

—¡Maldita sea!

—¿La dama?

—¡Tú! ¿Quieres hablar en serio aunque sea por una vez?

Ed dio un vistazo a la mujer encaramada en uno de los altos taburetes de la barra. Tenía verdaderamente algo más que bonitas piernas.

Sus muslos eran perfectos, apretados dentro de una ceñida falda gris perla. Y su cintura delgada y suave, que realzaba la agresiva curva de sus senos, breves y firmes, como si amenazaran desbordar el profundo escote de su blusa de encajes...

Y el rostro...

—¡Es un poema, Bernie! —Ponderó Ed Norton.

—Con sólo mirarla como lo estás haciendo ya estás metido en líos...

—¿Por qué? Es sólo una mujer.

—Echa un vistazo al otro extremo de la barra.

—¿Qué hay allí?

—Doscientas libras de músculos, tendones y con seguridad una buena *matraca* en un bolsillo para descalabrar a cualquiera que se ponga pesado con la chica.

Ed miró hacia el lugar indicado. Un individuo sólido como una roca sorbía ruidosamente el *whisky* de un gran vaso. Su cara amazotada tenía una expresión torva y sombría, mientras deslizaba la mirada por todo el local.

—Ese tipo debe haber sido boxeador. Tiene todo el aspecto de estar *sonado*.

—En todo caso, conserva las fuerzas de sus buenos tiempos. Fue uno de los más duros pesos máximos en su tiempo.

Ed se encogió de hombros.

—¿Quieres decir que la vigila a ella? —Gruñó.

—¡Cuernos! La controla en todo instante.

—¿Por qué?

Bernie Dane suspiró.

—¡Por el cielo, Ed! Dejemos de hablar tonterías. Lo que quiero proponerte es un asunto serio... quizá el más importante de mi carrera.

—¿Por qué vienes a contármelo a mí? Trabajas en un periódico. Se supone que tienes el poder de la Prensa respaldándote.

—Necesito que realices una investigación para mí.

—¿Para ti o para tu periódico?

—En cualquier caso es lo mismo.

—Lo siento, Bernie. Me contrataron esta misma tarde. Estoy comprometido en un asunto que me tendrá ocupado por lo menos una semana.

—Cancela ese compromiso. Puedes hacerlo si quieres.

—No puedo. Recibí un anticipo. Me comprometí.

—¿De qué se trata?

—Aún no lo sé con certeza. Imagino que la custodia de un traslado de valores o algo así.

El reportero se pasó la mano por la frente, preocupado.

—Me hundes... Había cifrado todas mis esperanzas en este asunto. Ahora, me retirarán de él para encargarme cualquier otro trabajo.

—Pero ¿de qué demonios se trata?

—De Harry Keller.

Ed Norton sacudió la cabeza.

—¿Qué esperabas que hiciera yo con ese hampón?

—Tú eres el mejor detective privado de la ciudad, Ed. Fuiste también un excelente policía hasta que te sacudieron el palo que te dejó cesante por chanchullos políticos... Tú podrías obtener más informes de Keller que nadie.

—Y probablemente me ganaría un buen ataúd. Otros lo intentaron antes y se estrellaron. Harry Keller es demasiado poderoso en la costa.

—Estoy a punto de hacer saltar la tapa del puchero, Ed, palabra. Tengo datos, informes, cifras y nombres. Pero carezco de pruebas. Debo conseguirlas como sea, ¿entiendes? Harry Keller es un cáncer que devora la sociedad, pisotea las leyes y se ríe de la Constitución... Hay que extirparlo a cualquier precio.

Ed ladeó la cabeza. La muchacha de sugestiva belleza continuaba sentada en su taburete, ensimismada, al parecer, en profundas meditaciones.

También el gorila que la vigilaba seguía en su lugar y miraba el vaso vacío que tenía en la mano como preguntándose en qué lado pegar el primer mordisco.

Distraídamente, el detective gruñó:

—Olvidalo, Bernie. Tengo experiencia en estos asuntos. Hace unos meses, el comité del senado interrogó a Keller. Fracasaron. Se los paseó a todos como quiso y acabó burlándose de los estirados senadores como si fueran párvulos inexpertos.

Bernie se encogió de hombros.

—Tal vez pueda reírse de un comité senatorial, pero, a la larga, no podrá reírse de los periódicos. Y el mío está luchando por desenmascararlo hace más de un mes.

—Ya he leído algo de eso... Una hermosa empresa, digna de don Quijote.

El reportero dijo:

—Responde a una pregunta y sepamos a qué atenemos, Ed. Si no te hubieses comprometido en este trabajo por el que ya recibiste un anticipo... ¿aceptarías mi oferta?

—¿Para segarle la hierba a Keller bajo los pies?

—Exacto.

—No lo sé. Probablemente no.

—Ya veo.

—Es un asunto desesperado, Bernie.

Volvió a mirar a la muchacha. Ella paseaba la mirada en torno y sus ojos se encontraron un instante. Ed vio que los de la dama eran de un azul profundo, brillantes y cálidos.

Bernie gruñó:

—¿Te gustaría saber quién es ella, Ed?

—Claro.

—Ruth Caine.

—¿Debería decirme algo ese nombre?

—Tal vez. Hasta hace dos noches se llamaba Rondine. Así, Rondine a secas. Sin apellidos, sin añadidos. Era suficiente.

—¿Rondine? —exclamó el detective—. ¿Te refieres a esa bailarina de abanicos?

—La misma, sólo que calificarla de bailarina de abanicos es quedarse ridículamente corto. Su número era la octava maravilla del mundo, porque esa chica hizo del desnudo la más sublime expresión del arte.

—Lamento haberme perdido su número.

Bernie se echó atrás en su silla. Había una curiosa expresión de sarcasmo en su rostro, cuando añadió suavemente:

—Además ahora es la chica de Harry Keller. Ya no dará más representaciones en público. Sólo para el gran sapo.

—Ajá, ya entiendo.

—Ella irá a reunirse con Keller mañana o pasado, y hasta entonces ese gorila está encargado de que no tenga escarceos con nadie. Keller siempre vigila de cerca sus posesiones.

—¿Cómo estás tan bien enterado de su vida privada?

—Ed, he trabajado muy duro en este asunto. Y he averiguado mucho más de lo que al principio imaginé. Pero no lo suficiente. Necesito pruebas, y ahí es donde debieras haber entrado tú.

—Supongo que no ignoras lo que arriesgas, Bernie.

—Sé el terreno que piso.

—Entonces, lamento no poder ayudarte.

—El periódico estaba dispuesto a pagarte tu tarifa acostumbrada, más una sustanciosa recompensa al final. ¿Estás seguro que no puedes eludir ese compromiso?

—Imposible, Bernie, de veras.

—Bueno, me dejas desarbolado. No sé a quién acudir ahora.

Ed volvió a mirar hacia la hermosa muchacha.

Se estaba produciendo una ruidosa conmoción junto a la barra.

Un hombre se enfrentaba al guardaespaldas, gesticulando violentamente. El gorila había dejado su puesto para correr junto a la muchacha, cuyo bellissimo rostro expresaba una tremenda ira.

El gesticulante individuo era delgado, vestía con elegancia y al parecer, intentaba hacer comprender al gorila que sus intenciones, al invitar a beber a la joven, habían sido correctas.

Estaba a mitad de su explicación cuando el puño derecho del matón subió de abajo arriba como un cohete. Era un puño enorme, sólido como un peñasco. Cuando estalló bajo el mentón del desprevenido galán, dio la sensación de que iba a arrancarle la cabeza de cuajo.

No se la arrancó, pero sí salió volando, en una curiosa postura retorcida que le llevó a varios pasos de distancia, donde aterrizó con estrépito.

La joven empezó a gritar, insultando al gorila.

Ed Norton se levantó poco a poco.

Bernie exclamó:

—¡No se te ocurra meterte en esto, Ed!

Éste ya se había puesto en marcha. Le parecía una excelente ocasión para entrar en contacto con la muchacha, aunque fuera pasando por encima del hercúleo matón.

Éste estaba sacudiéndose las manos, satisfecho, impenetrable a los insultos de la joven.

Fue entonces que descubrió al nuevo adversario que se le aproximaba. Vio a un tipo de seis pies y algunas pulgadas, de poderosos hombros, largas piernas y estrecha cintura. Tenía un aspecto que no le gustó, aunque no fuera tan gigantesco como él.

En consecuencia, hundió la mano en un bolsillo y sacó una corta y compacta porra negra. La afianzó a su mano y gruñó:

—¿Qué interés es el suyo en este asunto?

Los escasos clientes les miraban sin intervenir. Un par de camareros se mantenían a distancia, y otros empleados consideraban la conveniencia de llamar a la policía.

Ed dijo:

—No me gustó lo que hiciste con ese pobre tipo... no era de tu

talla.

—¿Y a quién le importa eso?

—Debería importarte, porque a menos que te largues de aquí sin chistar, vas a encontrarte mucho peor que él dentro de poco.

El gorila soltó una risita. Blandía suavemente la mortífera *matraca* en su mano y de pronto pareció impaciente por utilizarla.

Así que echó a andar separándose del mostrador.

La joven exclamó:

—¡Déjalo, Burke...!

Ed enseñó los dientes en una mueca. Luego hizo algo más.

Lo hizo en el instante en que Burke levantaba el rompecabezas y saltaba hacia adelante.

Norton disparó el pie derecho. Fue un puntapié de campeón, que habría enviado a la luna el balón... si hubiese habido un balón en el juego.

Pero no lo había. En su lugar, la punta del zapato se hundió en la ingle del gorila y éste chilló, encorvándose, olvidado de que empuñaba la *matraca* con la que podía partir en dos la cabeza más dura.

Sólo que ahora estaba demasiado ocupado por sus propios problemas, tratando de sujetarse el lugar machacado. Fue así como le cazó el derechazo de Norton, que le enderezó arrancándole un alarido.

La zurda subió a su vez y machacó el rostro deforme del matón, y luego de nuevo la derecha retumbó contra sus ojos tirándole hacia atrás.

Pegó con la espalda en el mostrador, a punto de desplomarse.

Pero hizo un terrible esfuerzo y se mantuvo de pie, y ahora la ira le daba nuevas energías.

Blandió la compacta cachiporra y descargó un trallazo feroz que no encontró el objetivo. Trastabilló a causa del impulso y de la extraña flojedad de sus piernas.

Sus ojos se enturbiaron cuando un puño como una roca se le hundió en el estómago. Volvió a doblarse, y a rugir, manoteando en torno con la esperanza de cazar a su escurridizo adversario.

Entonces un hachazo espeluznante se abatió contra su indefensa nuca. Vio un estallido de lucecillas, y después una oscuridad espesa como la tinta y todo acabó.

Dio un batacazo contra el suelo que estremeció hasta el mostrador y ya no se movió.

Ed Norton jadeaba como una caldera a presión cuando se volvió hacia la muchacha.

—Si he estropeado una fiesta privada, le presento mis excusas, pero déjeme decirle que debería controlar usted mejor a su acompañante.

Ella esbozó una breve sonrisa.

—Si yo pudiera controlar a Burke él no estaría cerca de mí... Pero no debió usted hacer eso. Ahora... ahora será peor todavía.

—Mire, salgamos de aquí y discutiremos eso, ¿le parece?

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo, y lo siento de veras.

—Me llamo Norton, Ed Norton. Si puedo hacer algo más por usted, sólo tiene que decirlo.

—Gracias... pero si no se marcha usted va a tener serios problemas con Burke. No tiene seso, pero es peligroso.

—¿Está segura de que no le gustaría salir a dar un paseo conmigo? Puedo mantener la boca cerrada si usted lo desea. Y le doy mi palabra de que no sacaré las manos de los bolsillos en todo el tiempo.

Esta vez ella rió.

—Tengo la impresión de que, si fuera usted realmente tan correcto, no me divertiría mucho... Pero de veras no puedo salir con usted. He de irme... tan pronto ese pedazo de carne sin seso recobre el sentido.

—Bien, si es su última palabra...

Ella asintió. Sus grandes ojos no se apartaban del rostro de él.

Y Norton sentíase como hechizado por aquella mirada, o quizá fuera por el conjunto de todo el cuerpo pletórico de juvenil belleza.

Tras él, Bernie gruñó:

—Cuidado, Ed; tu amigo regresa al festival.

Burke trataba de incorporarse, emitiendo un continuo y sordo gruñido. Se le antojó al detective más parecido a un gorila que nunca.

Esperó a que estuviera de pie y entonces le advirtió:

—Tienes dos segundos para buscar la salida, héroe.

—Voy a hacerte pedazos...

—Han pasado los dos segundos.

Estiró la zurda. A pesar de su aturdimiento, el matón la esquivó con extraordinaria facilidad haciendo un quiebro.

No contó con la derecha.

Y fue ésta la que le pegó como un mazo en plena cara. Su nariz estalló en una catarata roja y un par de dientes empezaron a bailar locamente en la boca, bajo los labios partidos.

Sus rodillas se doblaron pesadamente. Estaba desplomándose cuando Ed Norton volteó el brazo como un lanzador de martillo. Tras tomar impulso, el puño se abatió contra la oreja izquierda de Burke y éste ya no se quejó más. Su aplastada nariz acabó de hacerse trizas al golpear contra el suelo y esta vez dio la impresión de que iba a estar inconsciente mucho más tiempo que antes.

Ruth Caine miró, asombrada, el espectáculo. Luego murmuró:

—Será mejor que salgamos de aquí. Cuando despierte querrá matarle... y no estoy muy segura de cuáles serán sus intenciones respecto a mí.

—Ésa me parece una idea sensata.

Bernie exclamó:

—¡Eh, Ed, espera un minuto!

—Lo siento, nos veremos en otra ocasión.

—Vas a meterte en la misma boca del lobo.

—Espero que no esté hambriento.

Siguió a la muchacha hacia el exterior y apenas estuvo fuera del local olvidó al reportero, al gorila e incluso al propio Keller para centrar toda su atención en la bellísima Ruth Caine, que caminaba a su lado, guardando silencio.

El estaba seguro de que pronto rompería el hielo y después...

Bueno, ¡quién sabe!

CAPÍTULO II

Llevaba andado un buen trecho sin pronunciar una palabra cuando la muchacha murmuró:

—Bueno, diga algo...

—Hace una noche espléndida, ¿no le parece?

Ella rió entre dientes.

—Ahora, comente usted que es el tiempo indicado en esta época del año y habrá terminado con los tópicos.

—Muy bien, usted no es ningún tópico.

—No quiero hablar de mí.

—¿Quizá por temor a tener que nombrar a Harry Keller?

Ella se detuvo bruscamente.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Sólo que él la ha retirado de los espectáculos. Estaban contándomelo cuando el gorila que la escoltaba inició la fiesta.

—De modo que lo sabía... y supongo que también podía imaginar que Burke es uno de los matones de Keller.

—Eso no ofrece dudas.

Ella esbozó un gesto de estupor.

—Y sabiéndolo —dijo en un susurro—, peleó con él, le golpeó de una manera feroz. No lo comprendo.

—Bueno, digamos que no me gustó lo que hizo con aquel tipo... O quizá lo cierto sea que me enfureció el hecho de que en este siglo se siga vigilando a una mujer como en los tiempos de los sultanes. Ya sabe, como si fuera una propiedad absoluta, un objeto adquirido en una feria.

Ella desvió la mirada.

—En cierto modo, es así —susurró.

—¿En lo que a usted se refiere?

—Mire, no nos engañemos, señor Norton. Ambos somos mayorcitos, y hemos vivido bastante. Yo tenía un contrato con un

agente, un buen empleo y mejor sueldo. De pronto, me encontré con que mi agente había vendido el contrato a Harry Keller. Es un contrato en exclusiva por cinco años. Keller me hizo saber que cesaba en el local donde bailaba, que actuaría dentro de un tiempo donde él dijera y que, entre tanto, cobraría un sueldo tres veces superior al que venía percibiendo. ¿Va comprendiendo?

—Creo que sí.

—No conozco aún a Harry Keller. No recuerdo haberlo visto en mi vida, aunque supongo que él me vería actuar alguna vez.

—¿Cuándo apareció el gran Burke?

—¿Ese matón? Al día siguiente de haber recibido la notificación de Keller... Me trajo una carta de presentación pero, antes que eso, ya había hablado por teléfono con Harry Keller. Dijo que estaban terminando de decorar mi apartamento en Los Ángeles, que tardarían tres o cuatro días antes de acabar el trabajo, y que entonces yo debería reunirme con él allí. Entre tanto, enviaba a Joe Burke para que me «protegiera», según sus palabras.

—Ya veo. ¿La entusiasmo a usted la nueva situación?

—Debo confesar que no, pero no está en mi mano evitarla, a menos de arriesgar todo mi futuro. Si Keller lo desea, puede dejarme cinco años sin actuar en un local público. En cinco años me habrán olvidado, y mi nombre artístico no valdrá un centavo. En el mejor de los casos, habría de empezar de cero otra vez. ¿Entiende?

—Claro.

Caminaban juntos de nuevo. Repentinamente, él dijo:

—¿Sabe usted quién es Keller, en realidad?

—Leo los periódicos, señor Norton.

—Un tipo muy peligroso.

—También lo sé, pero quien parece ignorarlo es usted, ya que no dudó en dejar fuera de combate a uno de sus hombres.

—Bien, digamos que fue mi buena acción del día. A propósito, ¿tiene idea de adónde vamos?

En absoluto. Me alojo en el hotel Hampshire..., pero no deseo que me acompañe al hotel ahora. Burke me buscará allí, en cuando recapacite, sólo para estar seguro de que no me he fugado.

Se detuvieron en una esquina, bajo el chispazo multicolor del anuncio de un bar.

—¿Entramos? —propuso él.

—Bueno.

Era un local pequeño, y se instalaron en torno a una mesita, dentro de un reservado en forma de herradura. Pidieron bebidas, y quedaron mirándose fijamente.

El sonrió.

—¿En qué piensa?

—En usted.

—Eso suena muy bien.

—Me intriga. Principalmente, por su manera de pelear con Burke. Un individuo corriente no lo hubiera hecho, ni cobrando dinero por ello.

Trajeron las bebidas, y ambos bebieron, tras brindar en silencio.

—Es usted una mujer excepcional, Ruth, y no me refiero exclusivamente a su aspecto físico. Quizá por eso me produce náuseas pensar en Keller y usted.

—Cambiemos de tema, ¿sí?

—Cualquiera que sea el tema que tratemos, iremos a parar fatalmente a usted, Ruth.

Ella sonrió.

—No quiera hacerme creer que le he impresionado hasta ese extremo, señor Norton.

—¿Impresionado? No creo que sea la palabra adecuada.

—Entonces, ¿cuál lo sería? Porque no se habrá enamorado de mí, de ese modo fulminante.

—Las palabras carecen de significado, en algunos casos. Podría decirle que me enamoré en cuanto la vi, y mentiría. También podría decirle que me he enamorado después, al tratarla un poco más a fondo, y seguiría mintiendo...

—Entonces, ¿cuáles serían las palabras adecuadas para esta ocasión?

—No lo sé... quizá que la deseo como nunca he deseado a mujer alguna.

—¿Sólo eso?

Su voz era burlona, pero en el fondo de ella latía una cierta amargura.

—¿La he ofendido?

—En absoluto. Ya le dije antes que tanto usted como yo hemos vivido mucho. Y ahora he de irme, señor Norton. Quiero estar en mi

habitación del hotel cuando estalle la tormenta que usted provocó.

—La acompañaré.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro, al levantarse.

—No, es preferible que vaya sola. Pero conocerle a usted ha sido una agradable experiencia, lo crea o no.

—¡Espere...!

Ed Norton se levantó, mirándola al fondo de aquellos ojos que tenían el poder de atracción de un abismo.

—¿Cuándo volveré a verla? —murmuró.

—Nunca. Por favor..., será mejor para los dos.

Inesperadamente, se acercó a él y presionó los labios contra su boca. No duró mucho, tal vez un segundo.

Luego, se fue y Norton permaneció de pie, clavado allí como una estatua. En su boca ardía la llama que Ruth había encendido, y era un incendio que él no deseaba apagar.

CAPÍTULO III

Ed contempló la espléndida decoración del despacho, y luego miró al hombre sentado al otro lado de la gran mesa.

Era pequeño y delgado, su rostro semejaba el de un ave de presa, y en sus ojos había tanto calor como en el corazón de un iceberg.

Había otro individuo sentado en una butaca. Éste era grande, pesado, y su triple papada oscilaba cada vez que el hombre trataba de moverse.

Norton dijo:

—Muy bien, señor Harlan. ¿De qué se trata?

—Ante todo, dígame una cosa, Norton. ¿Ha tenido usted algún contacto con Frank Carretti, alguna vez?

Ed enarcó las cejas.

—¿Qué tiene que ver Carretti con nuestro asunto?

—Lo sabrá después. Primero, responda a mi pregunta.

—Desde luego, la respuesta es no.

El hombrecillo suspiró, aliviado.

—Bueno, necesitábamos estar seguros, ¿sabe?

—¿Seguros para qué? Cobré un anticipo, pero eso no me obliga a aceptar un trabajo, si lo considero fuera de mis atribuciones. Y entablar una batalla contra Carretti y su imperio está absolutamente fuera de esas atribuciones.

El gordo gruñó:

—Tiene miedo.

Ed se volvió hacia él.

—Tengo sesos en la cabeza, amigo, y no deseo que me los vuelen. Y ya que estamos en eso, sepamos quién es usted y qué pinta en este negocio.

El pequeño Harlan resopló:

—Tengamos calma, por favor. Olvidé presentarle al señor Lewis.

Está aquí como representante de una compañía de seguros... La Mutual, concretamente.

—De acuerdo. ¿De qué se trata, puedo saberlo ya?

—Uno de mis clientes tiene una dificultad con Carretti... Una dificultad de cien mil dólares. Usted ya sabe cómo son estas cosas... Carretti maneja las apuestas en casi toda la costa. Mi cliente tuvo una mala racha últimamente...

—Y perdió cien de los grandes. Bueno, usted se dedica a prestar dinero con garantías y un interés sustancioso, señor Harlan. Sigo sin ver dónde está la dificultad.

—Carretti le había dado palabra de aguardar un tiempo para cobrar... incluso estaba dispuesto a admitirle el pago en varios plazos. Y de repente, le llama y, tras unas cuantas amenazas, exige el pago total e inmediato.

—Ya veo.

—Mi cliente no dispone de ese dinero, por lo cual recurre a mí, pero se trata de una suma endiablada para manejarla a la ligera, usted sabe...

—Aquí es donde entra mi compañía —terció el gordo, con su voz aflautada—. El señor Harlan está dispuesto a prestar cien mil dólares a su cliente, si nosotros los aseguramos. Es una operación corriente en nuestro negocio, usted ya debe saberlo.

—Y bien, ¿por qué no le envían un cheque a Carretti? Eso sería fácil.

—En el ambiente de nuestro amigo Carretti, la palabra cheque suena a blasfemia. Un cheque deja rastros, por bien que sea manejado. Los billetes, no.

—Claro. De modo que desean que yo le lleve cien mil dólares a ese bastardo. ¿Es eso?

—Exactamente —dijo Harlan—. Insistí en que sea usted quién se ocupe del asunto, Norton. Le conozco bien, y tengo excelentes referencias tuyas, aparte de que ya hizo algunos trabajos para otros colegas míos, a entera satisfacción.

—¿Y mis honorarios?

—Es un trabajo sencillo, si se detiene a pensarlo; no obstante, se le recompensará con largueza. Digamos... mil dólares más gastos. Hemos reservado un pasaje para el avión de medianoche. ¿Está bien?

—Si no hay complicaciones, sí.

—¿Qué complicaciones pueden surgir? Usted llegará a Los Ángeles, entregará el dinero y regresará. Es así de sencillo.

Ed miró alternativamente a los dos hombres.

—No ha mencionado el nombre de su cliente, señor Harlan.

—Karl Preston. Tengo un número de teléfono, al que deberá usted llamar en cuanto llegue a Los Ángeles. Alguien, en ese teléfono, le dirá cómo hacer entrega del dinero. Y asegúrese de que le devuelven los pagarés, debidamente cancelados.

—De acuerdo. No me queda mucho tiempo, si he de tomar ese avión.

El gordo representante de la compañía de seguros dijo:

—No son de prever complicaciones en un asunto aparentemente tan sencillo, pero debe usted saber que la póliza que cubre ese dinero tiene una duración de tres días a partir de esta noche.

Harlan gruñó:

—La operación puede quedar ultimada en veinticuatro horas.

Norton encendió un cigarrillo, y sus ojos de halcón saltaron de uno a otro de los dos hombres.

—Veinticuatro horas es tiempo suficiente —dijo—, salvo complicaciones. Y aquí hay algo que apesta, Harlan.

—¿Qué?

—¡No lo sé, pero algo huele mal en todo este embrollo! En primer lugar, los tipos como Carretti disponen de recaudadores especializados en cobrar dinero de sus deudores. Si tanto interés tiene en cobrar esa suma, pudo haber enviado a cualquiera de sus esbirros, y él se habría llevado el dinero sin mayores complicaciones y sin que a nadie le costase un céntimo, más allá de los cien mil.

Harlan suspiró.

—Mire, Norton, no me lo cuente a mí. Fue el propio Carretti quien dijo que el dinero debía serle enviado en mano por alguien de aquí, alguien de nuestra entera confianza.

—Está bien, por mil dólares, más gastos, llevaré el paquete y se lo entregaré a ese hijo de perra.

Harlan abrió un cajón de la mesa y sacó un grueso sobre de papel recio.

—Cuéntelos —dijo.

Ed contó los cien billetes de mil dólares. Era la primera vez en

su vida que veía tantos de la misma nominación.

Se embolsó el sobre, y luego recibió mil dólares en billetes pequeños, un pasaje de iba y vuelta a Los Ángeles, y un pedazo de papel con un número de teléfono anotado.

—Cuando regrese, podrá liquidar su cuenta de gastos —gruñó el hombrecillo.

—Usted me dio un anticipo, y veo que no lo ha descontado de estos mil dólares. Lo consideraremos como cuenta de gastos, y asunto cancelado, si le parece bien.

—Excelente. Buen viaje, Norton.

Ed estrechó las manos de los dos hombres, y abandonó el despacho.

A pesar de todo, estaba seguro de que algo de todo aquelloapestaba. Había trampa en alguna parte...

CAPÍTULO IV

Ed Norton cerró la maleta, dio un vistazo circular al apartamento, comprobando que no olvidaba nada que pudiera necesitar, y, acto seguido, sacó el achatado revólver de grueso calibre y cañón corto, que llevaba en una funda sobre el costado izquierdo. Revisó la carga y, satisfecho, volvió a enfundarlo.

Apagó la luz y salió al rellano, donde oprimió el botón del ascensor.

Esperó, encendiendo un cigarrillo. El aparato llegó, y las puertas se abrieron.

Dentro, había dos hombres, y ambos empuñaban sendas pistolas, con las que apuntaron a Norton, cual si realizasen un ejercicio bien ensayado.

—Entre, amigo, y no haga ningún movimiento brusco —dijo el más alto de los dos.

Ed les miró con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de juego es éste? —Gruñó.

—Se lo explicaremos por el camino.

—¿Camino hacia dónde?

—¡Entre y cierre la boca!

Tomó la maleta y se coló en el ascensor, entre los dos pistoleros.

El alto gruñó:

—Ponga las manos sobre la cabeza, Norton.

Lo hizo. El tipo le quitó el revólver y luego dijo:

—Baje las manos, pero cuidado con lo que hace.

Ed bajó las manos cautelosamente. El cigarrillo humeaba en sus labios. Se lo quitó, exhalando una nube de humo.

El alto guardó su pistola. El otro dejó oír su voz, por primera vez, al advertirle:

—Voy a ocultar el arma, pero la tendré empuñada todo el tiempo, Norton, así que recibirá un buen plomo si trata de llamar la

atención del conserje. ¿Entendido?

—Ajá.

El pistolero hundió la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

Apenas lo había hecho, Norton lanzó la mano, y la punta ardiente del cigarrillo se aplastó contra su ojo derecho.

El pistolero lanzó un alarido y se llevó ambas manos a la cara, retorciéndose.

El alto intentó llegar a la pistola, pero para entonces Ed estaba¹ girando y su puño derecho se le incrustó en mitad del cuello, con la fuerza de un martillo pilón.

El hombre abrió la boca, ahogándose. Un zurdazo en un costado de la cabeza acabó con sus preocupaciones. Se deslizó pegado a la pared hasta quedar acurrucado en el suelo.

Volviéndose, el detective atrapó al otro por los cabellos y, sacudiéndole salvajemente, le golpeó la cabeza contra la pared de metal del ascensor una y otra vez.

El tipo ni lo notó. Estaba como loco, estrujándose la cara y con un torrente de sangre deslizándose entre sus dedos.

Al fin, le hundió una rodilla en la ingle con ímpetu terrible. El hombre dejó de quejarse y apartó las manos del rostro, desplomándose.

Norton sintió una náusea espantosa al ver en lo que se había convertido su ojo derecho. Era un boquete chamuscado, por el que brotaba sangre en abundancia.

El pistolero cayó hacia adelante. Jadeaba en medio de mi quejido continuo. Inclínándose, recuperó su revólver, que enfundó.

El ascensor se detuvo en seco. La pelea había durado apenas unos segundos.

Les quitó las armas a los dos, y los dejó tirados en el suelo cuando se abrieron las puertas automáticas del aparato.

Con la maleta en la mano, se aproximó al cubil del conserje. Éste era un hombrecillo de edad avanzada, ladino como un zorro, con una experiencia enciclopédica, y que no se sorprendía jamás por nada.

Norton dijo:

—Hay dos tipos tirados en el ascensor, Shorty. Con tanta basura suelta, no comprendo cómo conserva usted el empleo.

—Dos tipos, ¿eh? —graznó el anciano.

—Y tienen mal aspecto... Yo, en su lugar, llamaría el camión de la basura.

—Señor Norton, no trate de decirme cómo he de limpiar mi edificio. ¿Va de viaje?

—Un par de días solamente.

—Dígame una cosa... ¿Tiene algún interés personal por esos dos caballeros del ascensor?

—En absoluto, Shorty.

—Ya veo... Buen viaje, señor Norton.

Ed salió, metiéndose en su coche. Tanteó bajo el asiento delantero, y sacó el sobre con los cien mil dólares, que se metió en un bolsillo.

Las dos pistolas le estorbaban, de modo que las introdujo donde estuviera el sobre, puso en marcha el motor y condujo a buena velocidad, rumbo al aeropuerto.

Su corazonada comenzaba, a ponerse en evidencia. Algo en todo el absurdo embrollo olía a podrido...

El conserje, tras dar un vistazo crítico a los dos inconscientes pistoleros, volvió a su cubil y pulsó un timbre.

El mozo encargado de la conservación del edificio y de mantener en funcionamiento la maquinaria del aire acondicionado, apareció por una portezuela.

—Echame una mano. Hay dos fulanos ahí, en el suelo.

—¿Quiénes son?

—Maldito si me importa. Creo que han tenido un mal tropiezo con nuestro señor Norton. Hay gente que nunca escarmienta, de veras...

Fueron los dos hacia los caídos. El alto comenzaba a rebullir.

Shorty gruñó:

—Si despierta, es capaz de emprenderla contra nosotros. ¿No te parece?

El mozo tanteó la parte posterior de su mono de trabajo. Encontró lo que buscaba, y lo empuñó.

Era una pesada llave inglesa. Sin mediar palabra, le sacudió con ella al pistolero, y el tipo volvió a soñar con un mundo mejor.

Entre los dos, arrastraron los cuerpos hasta la calle. Meticulosamente, los dejaron sentados en la acera, cerca del bordillo, espalda contra espalda, de modo que se sostenían uno al

otro.

Satisfechos por el deber cumplido, regresaron a sus puestos de trabajo, tal vez maravillándose de las cosas que uno debe hacer para conservar un buen empleo...

CAPÍTULO V

Salió de la ducha frotándose enérgicamente con la gran toalla de baño. Apenas amanecido, por el gigantesco ventanal de la *suite* del hotel podía contemplarse un panorama desolador de la ciudad de Los Ángeles.

Una niebla densa y gris flotaba a baja altura, esfuminando los edificios cercanos y ocultando los más alejados. A juzgar por el espectáculo, las medidas tomadas por las autoridades y destinadas a disminuir la contaminación atmosférica no daban un resultado muy satisfactorio...

Envuelto en la toalla, Ed Norton se acercó al teléfono y, descolgándolo, pidió larga distancia.

Hubo de esperar apenas dos minutos. Dio el número de San Francisco, y aguardó otra vez.

La voz soñolienta del prestamista rezongó:

—¿Qué pasa, quién llama...?

—¿Señor Harlan? Habla Norton.

La voz espabiló de golpe.

—¿Ocurre algo, Norton? —exclamó.

—Le dije que algo olía mal en todo este asunto. Le hablo desde Los Ángeles, pero, antes de salir de mi apartamento, dos tipos intentaron cazarme para llevarme de paseo, imagino que para quedarse con el paquete.

—¡Condenación! ¿Logró darles esquinazo o...?

—Les di algo más duro que eso. Pero el caso es que me pregunto cómo podían saber esos dos fulanos que yo llevaba el dinero.

—No me lo explico.

—Además de usted y del gordo, ¿quién más sabía que era yo el encargado de efectuar ese trámite?

—Nadie más. Le doy mi palabra de honor.

—Harlan, algo está cociéndose en alguna parte, y es algo que

apesta. A menos que estuvieran vigilando su oficina, no podían haber sabido tan pronto quién estaba encargado del asunto.

—Tal vez sea eso... que estuvieran vigilando mi despacho...

—Estamos en las mismas. ¿Cómo averiguaron que iba usted a prestarle el dinero a Karl Preston?

—Mire, Norton, es un laberinto... No se me ocurre ninguna explicación lógica.

—A mí tampoco. Pero quería que supiera usted cómo estaban las cosas hasta este momento.

—Tenga cuidado, Norton... Entregue el «encargo» cuanto antes... Recuerde que la póliza de seguro sólo lo cubre durante tres días, a partir de la noche pasada. El tiempo corre, ¿entiende?

—Perfectamente. Ya le informaré cuando haya acabado.

Colgó, perplejo.

Encendió un cigarrillo y, tras esto, consultó el número de teléfono al que debía llamar, y lo marcó rápidamente.

Al segundo timbrado, una voz de hombre dijo por el auricular:

—¿Sí? ¡Hable!

—Acabo de llegar de San Francisco. Tengo un encargo para el señor Carretti. Me dijeron que llamara a este número.

—¡Oh, sí, por supuesto! ¿Dónde está usted, y cómo se llama?

—Norton. Ocupo la *suite* ciento diez del hotel Seville.

—¿Está ahí ahora?

—Por supuesto.

Hubo una breve pausa. Le pareció oír un breve susurro de voces, y luego su comunicante dijo:

—Muy bien, Norton, no se mueva de ahí. Iré ahora mismo a recoger ese encargo.

—Más despacio, amigo. Me dijeron que debían devolverme ciertos pagarés a cambio del dinero.

—Claro, claro...

—¿Los traerá usted?

—Naturalmente.

—¿Cuál es su nombre?

Nueva pausa, ésta más breve que la anterior.

—Buddy Larsen —dijo—. ¿No le dieron mi nombre, cuando le dijeron que llamara a este teléfono?

—No, todo lo que tenía era el número anotado.

—Bien, no importa. Salgo de inmediato, espéreme en su habitación.

Ed colgó, preguntándose dónde estaría la trampa, esta vez...

Comenzó a vestirse apresuradamente, sin olvidar el revólver, que dejó al alcance de la mano.

CAPÍTULO VI

Fueron dos los hombres que aparecieron, cuando abrió la puerta.

—Entren —gruñó, retrocediendo—. Deseo terminar con este asunto cuanto antes...

Le siguieron al interior de la *suite*. Una vez allí, Norton atrapó el revólver y, volviéndose, ordenó:

—¡Tiéndanse en el suelo, rápido, camaradas!

—¿Qué mosca le ha picado, hombre? Yo soy Larsen, Buddy Larsen. Y éste es mi ayudante Rohara.

—¡Al suelo! No lo repetiré.

Rohara farfulló entre dientes:

—¡Déjame a mí...! No se atreverá a disparar aquí...

Ed rió.

—Éste es un hotel de gran lujo, camarada. Paredes a prueba de ruidos. ¿Quieres que haga la prueba?

Maldiciendo en todos los tonos, los dos hombres se tendieron en el suelo. Estaban cómodos, después de todo, porque la alfombra era gruesa y espesa como un prado de césped.

—Las manos sobre la nuca, y manténganlas ahí hasta nueva orden.

Se acercó primero al tal Rohara, al que libró de una pesada automática y de cuanto llevaba en los bolsillos.

Después, hizo lo mismo con el otro que se había presentado como Buddy Larsen.

Cuando se enderezó, dijo:

—No veo que ninguno de los dos lleve ningún documento de identificación.

—¿Qué esperaba, una embajada con cartas credenciales?

—Poco más o menos. Necesito saber que es usted Larsen realmente. ¿Dónde están los pagarés que debe entregarme a cambio del dinero?

—Si esperaba que los llevara encima, está loco.

Ed sonrió sombríamente.

—Ni usted es Larsen, ni ha visto los pagarés en su vida... La cosa va a resultar muy desagradable, a menos que alguien empiece a hablar ahora mismo.

—¿Qué quiere que le diga? Usted tiene una suma de dinero que pertenece a Frank Carretti, y yo soy su ayudante, es así de sencillo. El ordenó que me encargara yo de este cobro.

—¿Sin devolver los pagarés?

—¡Claro que devolviéndolos! Pero no voy a ir con todo el papeleo de un lado a otro.

—¿Por quién están firmados?

—¿Qué?

—Los pagarés. ¿Quién es el que los firma?

Esta vez no hubo una respuesta tan rápida.

Norton suspiró:

—Era lo que imaginaba... Ni siquiera los has visto nunca.

Esperó una respuesta, pero ésta no llegó.

Lo que sí escuchó fue el suave chasquido de la puerta. Se envaró, escuchando, con todos los sentidos alerta. Entonces cayó en la cuenta de que cuando sus, dos visitantes entraron, no oyó que cerrasen con el pestillo automático...

Se volvió como un rayo. Junto al cortinaje que adornaba el arco de paso, hubo un movimiento fugaz. Tiró del gatillo sin titubear, y el bronco rugido del revólver se fundió con el seco ladrido de una automática.

Ed se zambulló de cabeza tras el diván, y mandó otra bala al azar, sólo para mantener a raya al tercer pistolero.

Sus dos prisioneros echaron a correr, entonces. Habría podido abatirlos a tiros, pero no entraba en sus cálculos fusilar por la espalda a dos desconocidos...

Los vio desaparecer más allá del cortinaje, mientras la pistola ladraba dos veces más. Las balas pasaron por encima del diván, y luego la puerta resonó con estrépito y todo acabó.

Ed se levantó, mascullando entre dientes contra su propia estupidez. Debía haber contado con que habría un tercero esperando en el coche. Siempre suelen dejar una puerta de escape, por si las cosas salen mal... y esos granujas no iban a ser una

excepción.

Alguien golpeó la puerta con energía.

Ocultó el revólver, y fue a abrir. Un asustado conserje balbuceó:

—¿Qué pasó, señor Norton? Oímos disparos aquí...

El sacudió la cabeza.

—Fue ahí, en el pasillo. Yo también oí los tiros, y varios hombres corriendo. ¿Qué maldita clase de hotel es éste, puede decírmelo?

El hombre estaba muy pálido. Tragó saliva con dificultad y balbuceó una excusa antes de emprender la retirada.

Antes de cerrar la puerta, Ed pudo ver las caras alarmadas de algunos huéspedes en el pasillo.

Envolvió las pistolas que sus visitantes habían olvidado, y las ocultó en el fondo del armario. Tras esto, abandonó la habitación, comprobando que todo el hotel estaba conmocionado.

Caminó por la acera, sumergiéndose entre la espesa bruma y el gentío que a esa hora acudía a sus puestos de trabajo.

Entró en una cafetería y, encerrándose en la cabina telefónica, consultó una guía de teléfonos.

Larsen constaba en ella, con el mismo número que él poseía. Tomó nota de su dirección, y salió.

CAPÍTULO VII

Era uno de esos *bungalows* contruidos en serie, y que en unos años han invadido las nuevas urbanizaciones que, tras destruir las colinas arrasando sus ya de por sí escasos árboles, las han convertido en un cuadriculado amorfo, impersonal, aséptico y monótono.

Ed empujó la puerta, y apenas si se sorprendió al encontrarla abierta.

Entró en un interior tan impersonal como todo ese nuevo distrito. Reinaba un silencio absoluto en la casa.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

Siguió atisbando aquí y allí, comprobando que no había el menor signo de vida.

Hasta que llegó a un dormitorio.

Allí tampoco había signos de vida, pero sí de muerte.

El hombre estaba atado y amordazado. Pero había que reconocer que quien fuera que hizo el trabajo, se pasó de rosca.

Le habían atado las muñecas y los tobillos, uniendo unas y otros a la espalda, de modo que el cuerpo estaba violentamente doblado en arco.

Anchas tiras de esparadrapo cruzaban su cara. No sólo tenía sellada la boca, sino que también le habían cubierto la nariz y los ojos.

Ningún ser humano puede vivir sin respirar, y el desgraciado que yacía sobre la cama no iba a ser una excepción. Estaba completamente muerto, cuando lo examinó de cerca.

Delicadamente, tanteó sus bolsillos hasta encontrar una billetera. La abrió. Contenía una respetable cantidad en billetes y una tarjeta de identidad a nombre de Buddy Larsen.

Tras limpiarla con el pañuelo, volvió a dejarla donde la encontrara. Retrocedió, salió a la calle y se alejó a buen paso hasta

que pudo encontrar un taxi, a cuyo chófer le dio la dirección de la Central de Policía.

Durante todo el trayecto intentó encontrar una explicación a cuanto estaba sucediendo.

Fracasó.

Era un completo absurdo, sin pies ni cabeza.

Lo único que no admitía dudas era el hecho de que había alguien interesado en hacerse con los cien mil dólares, antes que pasaran a manos de Frank Carretti.

Tampoco admitía dudas que quien fuera que manejaba los hilos de ese juego, estaba bien organizado. Habían sabido los detalles del envío casi desde el mismo momento en que Harlan le contrató.

Y eso se prestaba a otra clase de elucubraciones, tan poco satisfactorias como todo el condenado embrollo...

—Hemos llegado, señor —le advirtió el taxista.

Volvió a la realidad con un sobresalto. Pagó la carrera y, apeándose, contempló el enorme edificio, antes de dirigirse a la entrada.

CAPÍTULO VIII

El sargento que estaba al otro lado de la mesa le miró, arrugando el ceño.

—¿Teniente Roeburt? —Gruñó—. Que yo sepa, sólo hay un Roeburt aquí, pero es capitán.

—Deben haberle ascendido, desde la última vez que le vi. ¿Quiere decirle que deseo verle? Mi nombre es Norton, de San Francisco.

—Un momento...

Manipuló en los teléfonos, habló brevemente y luego indicó:

—Tome el elevador hasta la cuarta planta. Allí habrá alguien esperándole, señor Norton.

—Gracias.

El que aguardaba arriba era un policía de uniforme, que le guió hasta una puerta, sobre cuyo cristal unas letras doradas indicaban que aquél era el despacho del capitán Roeburt.

Entró y contempló al hombre que se levantaba al otro lado de la mesa cubierta de papeles.

—¡Que me ahorquen! —estalló el policía—. Ed Norton...

Salió a su encuentro, y ambos hombres se estrecharon las manos.

El capitán Roeburt era de complexión fuerte, comenzaba a engordar más de lo que hubiera querido, y sus cabellos ralos estaban salpicados de gris.

—De modo que ascendiste, ¿eh? —comentó Ed—. Tienes buen aspecto.

—Tengo demasiada grasa, y más años de los que desearía... Bueno, siéntate. ¿Cuándo llegaste a Los Ángeles?

—Esta madrugada.

—¿Negocios o turismo?

—Negocios.

Roeburt le ofreció un cigarrillo, y ambos hombres encendieron.

Después, el policía dijo:

—Supongo que continúas con tu oficina de investigaciones privadas...

—Ciertamente, es lo único que sé hacer.

—A veces recuerdo aquellos tiempos con nostalgia —dijo el capitán entre dientes—. Tal vez porque éramos más jóvenes, pero lo pasamos bien, ¿no crees?

—Fueron buenos tiempos. Hasta que me echaron.

Roeburt sonrió.

—Todos creímos que presentarías batalla, que no dejarías que te expulsaran de aquel modo...

—Pensé que no valía la pena. Siempre fui un mal diplomático y peor político. Me gustaban los métodos directos, y en aquella ocasión no podía emplearlos, así que lo mandé todo al infierno y me establecí por mi cuenta. No me va del todo mal.

—Estoy seguro... Ahora, hálame del negocio que te ha traído aquí. ¿De qué se trata?

—De un *tieso*.

Roeburt arrugó el ceño.

—Imagino que no estarás bromeando con una cosa así, Ed...

—En absoluto. Está tirado sobre su cama, atado de pies y manos, y amordazado con tiras de cinta adhesiva. Le pusieron tanta, que el pobre tipo murió asfixiado.

—Ya veo. ¿Y dónde ocurrió eso?

—Tengo las señas anotadas aquí...

Le pasó el papel por encima de la mesa. Roeburt le dio un ligero vistazo.

—¿Sabes también de quién se trata?

—Lo supongo, al menos. Se llamaba Buddy Larsen.

Captó el destello de interés en la mirada del policía.

—¿Larsen, dices? —masculló—. Buddy Larsen... No cabe duda que es toda una sorpresa.

—¿Le conocías?

—Seguro. Mucha gente le conocía. Era la mano derecha de un tal Carretti, al que apuesto que has oído nombrar.

—No sólo eso, sino que necesito ponerme en contacto con él personalmente.

—¿Con Carretti? —se asombró el policía.

—Eso dije.

—No estarás ensuciándote la nariz, Ed. ¿No es cierto?

—Tú me conoces bien. Todo lo que necesito es hablar con él, hacerle entrega de un encargo, y regresar a San Francisco. Es así de sencillo. Debía hacerlo por mediación de ese Larsen, pero alguien impidió el contacto.

—Todo eso tiene mal cariz, Ed...

Levantó un teléfono, y dio unas breves instrucciones, para que fuera enviado el coche-patrulla más próximo al *bungalow* de Larsen.

—¿Qué clase de encargo traes para Carretti? —inquirió después.

—Nada delictivo.

—Me gustaría que fueras más concreto, Ed...

—No puedo entrar en detalles, pero tienes mi palabra de honor de que no es nada que vaya contra ninguna ley. Y ahora, si no tienes inconveniente, me gustaría que me hablastes un poco de ese Carretti.

—¿Qué quieres que te diga? Es un hampón de altura. Sabemos que controla la mayoría de apuestas en toda la costa, pero de eso a probarlo, hay una distancia como de aquí a China.

—¿Eso es todo? ¿Un pistolero bien situado?

El policía meneó la cabeza, preocupado.

—Es algo más que eso —gruñó—. Personalmente, pienso que es el representante, o al menos uno de los representantes del Sindicato, de ese ente amorfo del que hablan los periódicos y que llaman *Maffia*, *Cosa Nostra*, y otras denominaciones semejantes. Tiene poder, está respaldado y sus contactos políticos son de primera mano, ya me entiendes.

—Todo eso significa que el tipo nada en oro, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Es el presidente de una colosal compañía de transportes, cuyos grandes camiones cruzan todo el país. Ese negocio solamente ya le serviría para ser considerado un hombre rico. Ahora, añádele encima todo lo demás, y trata de hacer números.

—¿Dónde puedo verle, Roeburt?

—No lo sé, imagino que en sus oficinas de la compañía. Tiene un enorme apartamento en el centro, pero allí nadie sabe cuándo

aparece.

—Pues es todo un problema.

El capitán le contempló con el ceño fruncido.

—Imagino que no tratarás de enfrentarte con él...

—En absoluto.

—Lo celebro, porque además de los empleados de la compañía de transportes, dispone también de una selecta plantilla de pistoleros.

—A propósito de pistoleros, ¿has oído hablar de alguno llamado Rohara?

—Seguro. Está en la nómina de Carretti, como lo estaba Larsen.

—¿Seguro?

—Por completo.

—Entonces, están sucediendo cosas peregrinas en el asunto que me trajo aquí. Dos individuos trataron de cazarme para apoderarse del encargo que traigo para Carretti. Uno se presentó como Larsen. El otro como Rohara.

—Sí que resulta un buen dolor de cabeza. Sus propios hombres tratando de jugársela al gran jefe. No puedo creerlo.

—Yo tampoco. Se presentaron con esos nombres, por si yo hubiera estado advertido de antemano respecto a la gente de Carretti. Pero, en realidad, querían apoderarse de lo que me encargaron entregar.

—¿Has mencionado lo que es realmente ese encargo?

Norton enseñó los dientes en una irónica sonrisa.

—Estoy seguro que no —dijo.

—Ya veo. Deja que hable con la gente de Homicidios para que se ocupen del «fiambre», y después podremos salir a comer.

—Conforme.

Norton tuvo tiempo de fumar varios cigarrillos, antes de que el capitán terminara el trabajo.

Cuando al fin abandonaron el edificio, Roeburt comentó:

—Es curioso que hayas aparecido con este asunto de Carretti precisamente ahora...

—¿Por qué?

—Corren rumores sobre un descalabro económico de nuestro hombre. Nada concreto, ya sabes cómo son estas cosas, tratándose de gentes del hampa. Pero, por lo que he oído, realizó una enorme

inversión de dinero, y el negocio le estalló en las narices como un petardo.

—¿De veras?

—Hace ya algún tiempo de eso, pero se me ha ocurrido, de pronto, que el tipo no debe gozar de muy buen humor, en la actualidad.

Entraron en un restaurante, y ambos eligieron una abundante comida.

Durante la misma apenas hablaron, pero al enfrentarse con sendos cafés negros, Ed Norton dijo:

—Si mis noticias son ciertas, tenéis aquí a otro pandillero de la vieja escuela; Keller.

Roeburt soltó un gruñido.

—No irás a decirme que también tienes un encargo para él...

—En absoluto. Era sólo un comentario.

—Ya... Keller es la bestia negra en el mundo del hampa. Sabemos que maneja los peores negocios, los más sucios y ruines, pero nunca hemos podido obtener ninguna prueba. Confidencialmente, te diré que tengo a dos hombres de modo permanente escarbando en torno a Keller, sin que nunca hayan obtenido nada positivo.

—¿Posee clubs nocturnos?

—Toda una cadena. Oye, ¿por qué te interesa tanto?

Norton sonrió.

—Conocí a una bailarina que Keller acababa de contratar, para llamar de algún modo el dogal que le ha puesto al cuello. El pretexto era que la contrataba para actuar en alguno de sus locales. Pero la realidad es que le estaba montando un apartamento de lujo.

—Amigo, empiezas a preocuparme. La experiencia me ha enseñado que es fatal para la salud inmiscuirse en los negocios de esta clase de bastardos. ¿O es por esa bailarina por quien te interesas?

—Realmente, es por ella. Me impresionó.

—Y Keller está montándole un apartamento aquí, en Los Ángeles, ¿no es cierto?

—Ajá.

—¿Cómo se llama esa dama?

—Artísticamente, Rondine, pero su nombre es Ruth Caine.

—Claro...

Norton enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—He oído hablar de ella. Dime, Ed, ¿qué pretendes, realmente, quitársela a Keller?

—Ojalá pudiera.

—Te pegó duro, ¿eh?

—No lo sé. Es una de esas mujeres que le hacen a uno sentir vértigo, con sólo mirarla.

—Ya veo... ¿Quieres tomar nota, muchacho? Gardens Hill, nueve, uno.

—¿Qué hay en esa dirección?

—El apartamento que Keller está instalando para tu dama.

Norton casi saltó de la silla.

—¿Hablas en serio?

—Puedes jurarlo, aunque no sé si he hecho bien informándote. Si desatas las iras de Keller, te verás metido en el peor lío de tu vida. Ya te dije que tengo a un par de muchachos husmeando en torno al gran bastardo. Ellos mencionaron esa instalación, en uno de sus informes. Me preguntaba para qué querría Keller un lugar semejante, en un distrito residencial. Ahora ya lo sé.

—Roeburt, nunca te agradeceré bastante...

—Olvídalo. Y ándate con tiento en este asunto, porque Keller es puro veneno. Por lo menos, espero que esa mujer valga la pena, y se muestre un poco accesible para ti.

—Yo me ocuparé de eso —rió Ed Norton—. Siempre he sido un tipo de grandes ideas.

—¿Qué tal si regresamos al despacho? A estas horas, deben haber llegado los primeros informes relativos a Buddy Larsen.

—Vamos a verlos, pero no creo que haya nada que yo no sepa. La manera como murió, ya te lo dije...

El primer informe era casi una repetición de lo que Norton relatara al policía. Únicamente había un detalle que no dejó de intrigarle.

Se habían encontrado tres ceniceros repletos de colillas, lo que demostraba que más de un hombre habían permanecido en el *bungalow* esperando... después de amarrar a Larsen.

—Claro —gruñó Norton—. Los dos bastardos que trataron de

engañarme. Se necesita cuajo, ¿no crees? Estarse allí fumando cigarrillos, mientras a dos pasos de distancia su víctima moría poco a poco, por falta de aire...

—¿Cómo sabían que tú ibas a llamar a Larsen, muchacho?

—Ésta es una pregunta que vengo haciéndome, desde que sucedió todo esto. También me intriga la razón que tuvieron para matarlo... Si sólo se trataba de suplantarle el tiempo de conseguir el paquete, ¿por qué cargar con un asesinato?

—Supongo que podrías reconocer a esos dos granujas, si los vieses otra vez...

—Seguro. No sólo eso. Me quedé con sus pistolas... Podrás obtener sus huellas dactilares. Quién sabe, incluso es posible que esas armas sean «calientes»... Ocupate de que los chicos del laboratorio disparen algunos tiros con ellas y...

—¿Pretendes enseñarme mi trabajo? —le atajó Roeburt, ceñudo. Luego, añadió—: ¿Dónde están esas pistolas?

—En mi *suite* del hotel Seville.

—Enviaré a alguien para que las traiga. A propósito, ¿cómo lograste desarmarlos? Y si lo hiciste, ¿cómo permitiste que escaparan?

—Ésa es otra historia, que te contaré algún día. Ahora he de largarme a escape. Tengo muchas cosas que hacer aún.

—Sí, ya sé... Cuídate, Ed.

—Así lo haré.

—No me gustaría tener que investigar tu muerte, ya sabes...

—Muy considerado de tu parte.

Salió y cerró la puerta de golpe.

Continuaba pensando que nada de todo aquello tenía sentido...

CAPÍTULO IX

Las oficinas de la compañía de transportes ocupaban todo un moderno edificio de acero y cristal, en cuya cúspide campeaban las siglas comerciales de la empresa.

Norton saltó de una secretaria a otra hasta tropezar con una pelirroja de atrevidos senos, largas piernas y ojos tan fríos como el hielo.

—El señor Carretti sólo recibe previa cita —dijo cautelosamente—. Llene uno de nuestros impresos de solicitud de entrevista y...

—Demasiado complicado. ¿Puede usted comunicarse con él?

—Por supuesto, pero sólo en casos de emergencia.

—Éste es un caso de emergencia. Dígame que me llamo Norton, que vine de San Francisco para entregarle cien mil dólares, que he de recibir unos pagarés a cambio, y que Buddy Larsen fue asesinado, antes de que yo pudiera comunicar con él.

La pelirroja se quedó boquiabierta ante la andanada.

—¿Ha comprendido todo?

—Éste... Usted debe equivocarse... Tal vez se trate de otro señor Carretti...

—Linda, se trata de su amado jefe. Me alojo en el hotel Seville, y esperaré veinticuatro horas. Pasado ese tiempo, regresaré a San Francisco y, si quiere cobrar, tendrá que venir allí personalmente. Ahora, muévase y dele el recado.

—Tal vez tarde algunas horas en localizarlo...

—Dígame que me busque en el hotel. Si eso no es una emergencia para Carretti, me pregunto qué lo será.

Hizo un burlón gesto de despedida, y se fue.

La pelirroja se lanzó hacia el teléfono como si fuera a llamar a los bomberos.

Ed tomó un taxi y se hizo conducir al hotel, donde se duchó y fumó un par de cigarrillos.

Al anoecer, llegó un policía de paisano a recoger las pistolas arrebatadas a sus asaltantes. De nuevo solo, se entretuvo en pasar revista mentalmente a todo el problema, desde el mismo instante en que le fue encargado por Harlan en San Francisco.

Era noche cerrada cuando sonó el teléfono.

—Norton al habla —gruñó.

Una voz bronca dijo:

—Me dieron su recado, Norton.

—¿Carretti?

—Nada de nombres.

—Oiga, ya me fastidiaron bastante con todo este estúpido asunto, de modo que no me venga ahora con medidas melodramáticas. ¿Tiene los pagarés de Karl Preston?

—Desde luego. Voy a darle una dirección y...

—Olvídelo.

—¡Escuche, muerto de hambre...!

—Buenas noches, Carretti.

Colgó de golpe. Encendió un cigarrillo y aguardó. Un minuto después, el teléfono escandalizó de nuevo.

La voz de Carretti temblaba de ira cuando dijo:

—¡Le haré comerse el teléfono, maldito hijo de perra! ¿Quién demonios se ha creído que es?

—Es el segundo insulto. No me pagan para soportar a ningún bastardo.

Y colgó nuevamente.

El teléfono llamó treinta segundos después.

Norton dijo:

—Le entregaré la «pasta» aquí, en el hotel, a cambio de los pagarés, Carretti. Dentro de una hora, en el bar del Seville. ¿Ha comprendido?

—¡Algún día le arrancaré el pellejo!

—Algún día... si sigue vivo para entonces.

Colgó, y esta vez el teléfono no volvió a dar señales de vida.

Ed se vistió cuidadosamente, enfundó el revólver y abandonó la habitación.

El bar estaba muy concurrido, a esa hora. Gentes que aguardaban a otros para entrar a cenar. Grupos que se reunían para dirigirse a cualquiera de los millares de espectáculos que la ciudad

les ofrecía, con su escandalosa publicidad...

Norton sentóse ante una apartada mesa, y pidió un *daikiry*.

Empezaba a saborearlo cuando dos hombres se materializaron frente a él. Acercaron sendas sillas, y tomaron asiento plácidamente.

Ed los miró escrutadoramente.

Sacudió la cabeza como si estuviera preocupado.

—Ninguno de ustedes es Carretti —dijo—. Lárguense y tengamos la fiesta en paz. Sólo trataré con él.

—Ahí es donde se equivoca, hermano.

—¿De veras?

—Hay una pistola apuntándole por debajo de la mesa. Lleva un buen silenciador y, si la disparo, nadie se enterará; así que piénselo.

—¿Qué he de pensar?

—Lo que le conviene. Vamos a salir de aquí los tres. Si alborota, se muere. ¿Está claro?

—Diáfano.

—Si me obliga a disparar, usted recibirá el plomo donde más le duela, y, antes de que la gente advierta lo que sucede, estaremos fuera de aquí. ¿Me sigue usted?

—¡Perfectamente!

Los dos cambiaron una mirada. Luego, se levantaron. Durante un instante fugaz, Norton vio la pistola equipada con silenciador, antes de que desapareciera de su vista.

—Andando, hermano.

Obedeció.

Tan pronto llegaron a la acera, uno de ellos le arrebató el revólver. Luego le empujaron calle abajo, hacia donde esperaba un gran coche negro.

—Suba.

Se instaló en el asiento posterior. Había un tercer pistolero ante el volante, que arrancó el coche sin esperar instrucciones. Los dos rufianes se colocaron a sus costados.

Norton gruñó:

—¿Les importaría decirme para quién demonios trabajan ustedes?

—No le gustaría saberlo.

—Para Carretti, desde luego, no...

—Cierre el pico.

El coche ganó velocidad, manejado por alguien muy hábil. Por las ventanillas, Ed vio desfilas las luces de las calles y, de pronto, se encontró sobre la autopista que atravesaba el aeropuerto. Corrían hacia el sur y, minutos más tarde, estaban rodando por la carretera de la costa.

Cuando llevaban en ella casi veinte minutos, el auto se desvió a la izquierda, y pronto las ruedas chirriaron al hundirse en la arena de una playa.

El chófer gruñó:

—Ya podrían haber construido una calzada hasta la cabaña...

Detuvo el motor, y apagó las luces.

—Abajo, y nada de tretas, hermano.

Sintió el contacto de la pistola en las costillas y se apeó.

A corta distancia, había la oscura estructura de una edificación.

Cuando se acercaron a ella, pudo apreciar los detalles. Era una de esas casas de madera, instaladas para fines de semana y vacaciones, aunque mucho más grande que las habituales.

Uno de los pistoleros abrió la puerta y encendió las luces.

El interior era extremadamente lujoso. Le obligaron a sentarse en una butaca, siempre vigilado por el individuo que empuñaba la pistola.

—¿Tiene el dinero aquí? —preguntó el pistolero.

—Desde luego, no.

—Voy a registrarlo. Vigílalo tú, Brett.

Brett era un individuo de hombros encorvados y cara pálida y delgada, casi cadavérica. Sus ojos mostraban un brillo extraño, casi febril.

Tomó la pistola de manos de su compañero, y éste cacheó velozmente a su cautivo.

—¿Dónde está, Norton?

—Adivine.

—Sí, bueno...

Se fue hacia el teléfono, marcó un número y aguardó unos instantes.

Cuando obtuvo comunicación, dijo:

—Habla Shag. Todo fue bien... Sí, lo tenemos aquí, pero no lleva la «pasta»... ¿Cómo? Bueno...

Colgó y, volviéndose, miró a Norton con burlona compasión.

—Va a pasarlo muy mal, tipo listo —vaticinó—. Yo diría que será terrible, a menos que colabore. Dígame dónde guarda el dinero, y no te sucederá nada.

—¿Nada bueno quiere decir?

Shag se encogió de hombros.

—Allá usted. Póngase cómodo, hemos de esperar.

Ed fumó pacientemente hasta agotar su provisión de cigarrillos.

Comenzaba a ponerse nervioso cuando se oyó el motor de un coche, que se apagó a cierta distancia. Minutos después, un hombre aparecía en la puerta. Era alto, delgado, vestía un traje llamativo, de quinientos dólares, y su cara era fofa, en contraste con la esbeltez del cuerpo. En ella chispeaban unos ojos fijos y crueles.

—¿Es ése el mensajero? —Gruñó, acercándose a Norton.

Shag carraspeó.

—El mismo.

El recién llegado se detuvo a dos pasos de Ed. Le miró fijo y, durante un minuto, nadie habló.

Al fin, el hombre dijo:

—Me llamo Dodge, soy un hombre muy ocupado, y detesto que me hagan perder tiempo. Así que iré derecho al grano. ¿Dónde están los cien mil dólares, Norton?

—Tendrá que búscanos.

—No dispongo de tiempo, ya se lo dije. Mire, no sea tonto y todo irá bien. Le doy mi palabra de que no sufrirá el menor daño. Sólo permanecerá tres días encerrado aquí, y después podrá largarse. Pero es imprescindible que nos entregue ese dinero.

—No sé qué condenado embrollo tienen ustedes armado aquí, pero sólo entregaré ese dinero a quien me facilite unos pagarés a cambio. Unos pagarés que están en manos de Carretti.

Dodge suspiró.

—Me disgusta profundamente, Norton, de veras. Usted sabe que podemos obligarle a hablar. El cuerpo humano tiene un límite de resistencia al dolor, y usted no será una excepción, únicamente que nos hará perder un tiempo precioso.

—Los pagarés. Tráigalos, Dodge, y tendrá ese dinero.

Sin previo aviso, el tipo disparó el puño, respaldando el golpe con todo su peso.

Norton sintió un estallido en el cráneo. Volteó hacia atrás, arrastrando la butaca consigo.

—¡Arriba! —ordenó Dodge con calma.

Se levantó. Sentía un agudo zumbido en la cabeza, y tardó unos segundos en recobrar la visión completa.

—¿Se decide, Norton?

—Váyase al infierno.

Volvió a golpearle. Esta vez trató de esquivar el golpe, pero el duro puño le dio de refilón, y casi le arrancó la oreja.

Dos pistoleros se precipitaron hacia él, sujetándole salvajemente.

—El dinero, Norton —repitió Dodge.

—Búsquelo.

—Es lo que estoy haciendo.

Disparó la rodilla hacia arriba, hundiéndola en la ingle del detective.

Con un quejido ahogado, Ed se dobló en dos, a pesar de estar sujeto. Una sensación de ahogo le invadió, y el mundo pareció volverse gris en todo lo que alcanzaba su vista.

Las náuseas le asaltaron. Oyó la voz de su verdugo como si le llegara de muy lejos:

—¿Dónde lo escondió, Norton?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

El puño subió como un cohete, le estalló en la cara y todo se volvió negro, entre un huracán de dolor infinito.

Dodge siguió preguntando y golpeando. No ponía ninguna pasión en los golpes. Sólo los disparaba, repetía la pregunta, golpeaba y volvía a preguntar.

El rostro de Norton estaba tumefacto, y la sangre le salpicaba las ropas cuando lo soltaron. Rebotó contra el suelo, y después quedó muy quieto.

Dodge se acarició los nudillos.

—Es testarudo... —Gruñó—. Cuidadle bien. Volveré mañana.

—¿Le interrogamos entre tanto?

—No. Lo haré yo cuando vuelva. Después de todo, ese dinero no es lo más importante.

Se fue sin despedirse, la puerta se cerró y Norton siguió tendido sobre el suelo de tablas, inconsciente.

Shag gruñó:

—Vamos a pasamos aquí dos o tres días, aburridos. ¿Sabes si hay alguna baraja en esta choza, Brown?

El silencioso tercer individuo se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Si tú vigilas a ése, yo prefiero acostarme. Anoche apenas pegué ojo.

—Bueno...

Poco a poco, la conciencia volvió al maltrecho detective.

Sólo que con tres pistoleros armados custodiándole, de poco iba a servirle la conciencia...

CAPÍTULO X

El dolor era una tortura implacable, latiendo al mismo ritmo que la sangre.

Tendido en el suelo, veía a Brett cómo descorchaba una botella de *whisky*.

Sentado ante una mesa, Shag fumaba plácidamente. Sobre la mesa, reposaba la pistola con silenciador.

Brett tomó unos vasos, y fue a sentarse junto a su compañero.

Se preguntó dónde andaría el tercer pistolero...

Shag comentó:

—Apuesto que nadie se acordó de almacenar provisiones aquí. Vamos a necesitarlas, si hemos de aguardar durante tres o cuatro días.

—Daré un vistazo a la cocina...

Norton se incorporó, quedando sentado en el suelo. Casi a rastras, consiguió llegar a la butaca y penosamente se izó hasta ella.

Shag dijo:

—Tranquilo, hermano. Va a tener tiempo sobrado para reflexionar.

Respiró hondo. El dolor crecía en oleadas, igual que la marea.

Brett regresó gruñendo. No había provisiones.

—Mañana, uno de nosotros habrá de ocuparse buscándolas —decidió Shag—. Ahora, ¿quién de nosotros se acuesta primero?

—Lo haré yo, si no te importa. Hay otra cama en el cuarto donde se acostó Brown. Cuando te canses, llámalo a él. Yo haré el último turno de la noche. ¿Conforme?

Shag asintió con un gruñido. Brett se fue a dormir, dejando la botella sobre la mesa.

El pistolero estuvo silencioso casi veinte minutos. Entonces dijo:

—Cuando Dodge vuelva, vas a pasarlo mucho peor, hermano. No se puede jugar con él. Te arrancará la piel a tiras, si no le dices

dónde está el dinero.

Norton cerró los ojos y se recostó en la butaca.

—Tú verás lo que decides...

Tampoco replicó.

Con el paso del tiempo, el dolor se apaciguó, quedando solo como un latido sordo y torturante. Logró conciliar el sueño a intervalos, hundido en la comfortable butaca.

Cuando despertó, vio que Shag había sido relevado. Brown estaba ahora sentado a la mesa, trasegando *whisky*.

Al amanecer, volvió a abrir los ojos, y sorprendió al otro pistolero, llamado Brett, dando una cabezada.

Esperanzado, comenzó a incorporarse despacio.

No llegó a abandonar la butaca. Brett despertó, sobresaltado, y, de modo instintivo, dirigió el cañón de la pistola hacia su prisionero.

A las ocho estaban los tres de pie, y entonces sonó el teléfono.

Shag lo descolgó, y al instante se oyó crepitar una voz a través del auricular.

Shag desorbitó los ojos.

—¿Qué... qué...? —balbuceó.

Siguió escuchando hasta que se volvió hacia su cautivo y gruñó:

—¿Se llama usted Ed Norton?

—Claro, como si no lo supieran.

—¿Ed?

—¡Sí!

—De San Francisco...

—Sí. ¿A qué viene eso?

Shag volvió a hablar por el teléfono.

—Es el tipo, seguro. Ed Norton, de San Francisco... —Dio un respingo, y exclamó casi gritando—: ¿Y el dinero...? Bueno... bueno, está bien. ¿De qué modo quieres que se haga?... Sí, sí, entiendo.

Colgó y se quedó unos segundos inmóvil, mirando el aparato.

Luego, volviéndose, dijo:

—Ahora resulta que no interesa el dinero. ¡Cien mil dólares!

Alguien se ha vuelto loco...

Brett gruñó:

—Entonces, ¿qué hacemos con el tipo, le soltamos?

Shag sacudió la cabeza.

—No.

El tercero, Brown, rezongó:

—Bueno, ¿qué te han dicho? Acaba de una vez.

—Hay que liquidarlo, eso es lo que han dicho.

Ed se estremeció.

Los tres pistoleros le miraron. Tampoco a ellos parecía gustarles mucho el encargo.

Brett barbotó:

—Eso no entraba en el plan, Shag, tú lo sabes.

—¿Importa eso ahora? Hay que liquidarlo, y después hundir el cuerpo en el mar, con un buen lastre.

Brown encendió un cigarrillo. Era el único de los tres a quien no parecía importar en absoluto la suerte de su cautivo.

Con su voz monótona e impersonal, gruñó:

—Bueno, si eso es lo que hay que hacer, cuanto antes terminemos, antes podremos largarnos de aquí.

Shag engulló un gran trago de *whisky*, se pasó el dorso de la mano por los labios, y sólo entonces explicó:

—Hay que esperar a que oscurezca. Durante el día, alguien podría vemos. La carretera pasa demasiado cerca, y en estas playas siempre hay alguien durante el día.

Brett asintió con un cabezazo. Miró de soslayo a Ed, y luego le dio la espalda, yendo a sentarse cerca de la puerta.

Ed Norton trató de entender ese nuevo y trágico giro de los acontecimientos. No lo consiguió. El hecho de que esa pandilla renunciara a apoderarse de los cien mil dólares, ya era sorprendente de por sí, pero que además su único interés fuera matarle, daba al traste con cualquier idea más o menos acertada que hubiera podido elaborar hasta entonces.

—Alguien podría darme algunos cigarrillos —gruñó, sintiendo que le dolían los labios tumefactos a cada sílaba—. Los condenados a muerte tienen sus derechos, ¿saben?

Le miraron los tres, sobresaltados.

Shag hurgó en sus bolsillos hasta encontrar un paquete de cigarrillos casi entero.

—Ahí tiene —dijo—. Celebro que lo tome con calma, pero ya sabe, no hay nada personal en esto.

—Siempre es un consuelo.

Encendió un cigarrillo y volvió a recostar la cabeza contra el respaldo de la butaca.

El dolor había cedido, pero notaba una gran flojedad en todos sus miembros, como la laxitud perezosa que sigue a un día de sol en la playa.

Después de fumar un par de cigarrillos, volvió a dormitar, aunque ni un instante su mente dejó de elaborar ideas desesperadas, planes absurdos e irrealizables contando con que sus enemigos eran tres, armados, y resueltos.

En un momento determinado, Brett masculló:

—No comprendo a ese tipo. Sabe lo que le espera y es capaz de dormir tranquilamente...

A mediodía, Brown dijo:

—Alguien debería ocuparse de buscar algo de comer.

—Yo iré —decidió Brett. Era el más nervioso de los tres.

Entre los párpados entornados, Ed le vio marcharse y cerrar la puerta.

Quedaban dos, pero las oportunidades de sorprenderles seguían siendo nulas.

Brett tardó más de una hora en volver y cuando llegó, cargado con una gran bolsa de papel manila, repleta de envoltorios, Brown le espetó:

—Empezaba a creer que te habías largado a Los Ángeles.

—¿Por qué no fuiste tú, si tenías tanta prisa?

—Ya basta —gruñó Shag—. Veamos qué traes aquí...

Prepararon una buena ensalada y fiambres, con carne fría, fruta y café. Brett dio un plato a Norton y regresó a la mesa.

Vaciaron más de una botella durante la tarde. Luego, el crepúsculo cayó sobre la playa y los lejanos ruidos y algunas voces que Ed oyera durante el día se extinguieron y sólo quedó el rumor del mar.

De pronto, Brett dijo:

—No quiero saber nada con eso, Shag.

—¿Qué?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¡Pero tú eres idiota! ¿Qué ventolera te ha dado?

—Esperaré en el coche.

—¡Lo echaremos a suertes y al que le toque lo hará! —estalló Shag, fastidiado.

Brown esbozó una risita burlona.

—Lo haré yo —decidió—. Meterte un par de balas a un tipo no es nada del otro mundo. Podéis esperar fuera.

Brett no se hizo repetir la invitación. Salió como si le persiguieran. Shag titubeó un instante, y al fin también se dirigió a la puerta, salió y cerró cuidadosamente.

Brown aplastó el cigarrillo que estaba fumando en un cenicero y dijo con soma:

—Ya sabes, nada personal, ¿eh?

—Claro, pero a ti te gusta matar...

—Ni me gusta ni me disgusta. Es algo que hay que hacer, de modo que se hace y en paz.

—Déjame el tiempo de fumar un cigarrillo...

—Apresúrate.

Sostenía la pistola equipada con silenciador en la mano. No estaba nervioso ni alterado.

Ed encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo. Fumó despacio, consciente de que esos últimos minutos eran su última oportunidad de vivir.

Estaba agotando el cigarrillo cuando señaló la botella.

—El último trago —dijo—. Acércame la botella.

Brown movió la pistola, impaciente.

—Levántate y bebe. Tratas de prolongar el tiempo, ¿no es eso?

—¿No lo harías tú en mi lugar?

—¡Date prisa!

Se levantó. Sus piernas estaban ahora seguras y firmes.

Caminó, no obstante, como si apenas pudiera sostenerse, hasta la mesa.

Tomó la botella y bebió un sorbo. Gotas de *whisky* ardieron como el infierno en el profundo corte de su labio inferior.

Brown estaba a su derecha ahora, a unos tres pasos de distancia.

Esperaba sosteniendo la pistola con cierto descuido.

Norton se quitó la botella de los labios. Concentró todas sus fuerzas en la acción y giró como un rayo, volteando la botella que lanzó en el instante en que Brown daba un respingo y apretaba el gatillo.

La bala le pegó en el costado cuando se tiraba de cabeza al suelo. Oyó un estallido de cristales y un grito. Rodó sobre sí mismo y vio caer a Brown con la cara hecha un mar de sangre. La botella había estallado contra el rostro del pistolero como una bomba.

Revolviéndose igual que una serpiente, Norton se zambulló en el aire. Cayó sobre Brown, en el instante en que éste golpeaba el suelo en su caída y los dedos como una tenaza del detective le arrebataron la pistola de su mano crispada.

—¡Hijo de perra...! —jadeó el pistolero.

Estaba ciego por la enorme cantidad de sangre que escapaba de la grieta abierta en su frente. Tenía una cortadura terrible que le cruzaba la cara en diagonal, y su nariz parecía haber cambiado de forma.

Ed Norton se levantó de un salto y atisbo por la ventana.

Fuera estaba oscuro y no pudo ver movimiento alguno. No obstante, los otros dos no podían andar lejos.

Acercándose a Brown le descargó un culatazo en la nuca, acabando con sus quejidos. Luego, apagó la luz, abrió la puerta y salió.

La voz de Shag le llegó desde su izquierda.

—¿Listo? Oí un ruido de cristales... ¡Maldita sea!

Lanzó la mano hacia la axila. Norton apretó el gatillo y la silenciosa pistola se estremeció en su mano. Shag se estremeció más, al recibir el impacto en plena cara. Giró sobre sus pies y acabó de bruces en la arena.

Tenso, Ed escuchó, pero no pudo oír la menor señal de la presencia de Brett en las cercanías. Registró a Shag hasta recobrar su revólver, que enfundó antes de encaminarse cautelosamente hacia el coche.

Vio brillar los cromados antes de llegar. Comenzó a notar un extraño escalofrío a cada paso, mientras en el costado notaba también el contacto tibio de la sangre.

En el coche relució la brasa de un cigarrillo. Pegado a la arena, el detective se desvió dando un rodeo.

Brett estaba nervioso. Encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. No le gustaba matar de ese modo. Había liquidado a más de un tipo, pero siempre en un tiroteo, o en condiciones tales que no quedaba otra solución si él mismo quería vivir. Pero asesinar a

un fulano indefenso, matarle como a un perro... No, maldito si le gustaba.

Aspiró el humo furiosamente.

Entonces, la voz dijo tras él:

—¡Quieto, Brett! Eres el único al que no me gustaría matar...

Dio un bote en el asiento y su cabeza golpeó el techo del auto.

Por el rabillo del ojo vio la siniestra figura en la ventanilla, con el brillo opaco de la pistola presidiendo la visión.

—Apéate, y procura mantener las manos alejadas del cuerpo, ¿sí?

Lo hizo. Por la espalda, Norton le arrebató la pistola.

—Ahora dirígete sin prisas hacia la casa, mientras yo pongo en marcha este cacharro. Si te detienes recibirás un balazo. ¿Está entendido?

—Sí, claro...

Echó a andar despacio, muy tieso.

Ed se deslizó en el asiento del coche y conectó el encendido. El motor latió suavemente.

Dejó la pistola sobre el asiento contiguo, dio la vuelta con las ruedas hundiéndose en la arena y acelerando entró en la carretera.

Una creciente debilidad se extendía por todo su cuerpo, mientras la herida del costado no cesaba de manar sangre.

CAPÍTULO XI

Estacionó cerca de una esquina. Frondosos jardines rodeaban las aisladas edificaciones. Eran edificios de lujo, con piscinas privadas para uso de los inquilinos de los apartamentos de cada bloque, garajes, césped y alquileres astronómicos.

Caminó por la acera hasta el número noventa y uno. El edificio constaba de cinco plantas y para llegar a la entrada había que atravesar un hermoso jardín, tenuemente iluminado.

Durante el día, esos edificios gozaban de los servicios de un engalonado conserje. Por la noche las puertas eran manejadas desde los apartamentos por un mecanismo electrónico.

Norton revisó los tarjetones de los inquilinos. Había dos pisos en cada rellano. Diez en total, más el alojamiento del conserje.

Nueve de los espacios estaban señalados con el nombre correspondiente. Había uno sin tarjeta, y ninguno de los otros nombres era el que buscaba.

Oprimió el timbre del que carecía de tarjeta y esperó.

Sentía frío en todos los miembros y las piernas cada vez más flojas.

De pronto sonó un leve zumbido y una voz de mujer preguntó por el altavoz:

—¿Quién está ahí?

—¿Ruth?

—Soy Ruth Caine. ¿Quién es usted?

—Norton... Ed Norton.

Sonó una apagada exclamación. Luego, un chasquido y la puerta de cristal giró suave y silenciosamente.

Ella le esperaba ante la puerta del apartamento. Estaba envuelta por un salto de cama que en otras circunstancias habría hecho las delicias del detective, pero que en aquellos momentos apenas si pudo apreciarlo.

La muchacha desorbitó los ojos al verle. Con voz quebradiza musitó:

—¡Dios! ¿Qué le ha sucedido?

—¿Está sola?

—Sí...

Ed pasó junto a la muchacha, dio un traspié y hubo de apoyarse en la pared para no caer.

Ruth cerró apresuradamente y corrió hacia él.

—Ayúdeme a llegar a una silla... Imagino que en un lugar como éste no dispondrá de vendajes...

Sólo entonces ella descubrió la gran mancha de sangre del costado. Ahogó un grito y le sostuvo hasta el interior del apartamento, donde le ayudó a sentarse en una butaca.

El jadeó:

—Aquí no... Pondré perdida la tapicería... el baño...

Apenas pudo llegar hasta él a pesar de la ayuda de la muchacha.

—¿Qué le ha sucedido? —insistió Ruth, una vez allí.

—Un balazo... golpes... no importa ahora. Quíteme la camisa...

Dejó deslizarse la americana hasta el suelo. Ella se estremeció al descubrir el revólver en la funda. Le libró de la empapada camisa y contuvo el aliento, al ver los desgarros que la bala había causado al salir.

Frenéticamente, registró el armario, pero no pudo localizar ni la menor sombra de botiquín.

—No se apure... rompa cualquier trozo de tela. Un vendaje detendrá la sangre... ¿Tiene *whisky*?

—Espere...

Salíó corriendo y regresó en un minuto con una botella de *whisky* y una sábana, que convirtió en tiras con ayuda de unas tijeras.

El vertió *whisky* directamente en la herida de entrada y salida de la bala. Casi se desplomó, ante la llamarada que ardió en su carne.

Luego, ella le aplicó el improvisado vendaje, apretándolo hasta que casi le cortó la respiración.

—Eso está mejor —murmuró Norton—. Gracias... Sabía que usted no me fallaría.

—No entiendo nada... ¿Cómo ha podido localizarme tan pronto?

Apenas acabo de llegar.

—Eso no importa. No podía regresar a mi hotel porque debe haber una jauría de perros de presa acechándome allí. Y con una herida de bala tampoco podía pedir discreción en los hospitales.

—Pero ¿por qué no?

El la miró al fondo de aquellos ojos que no había podido olvidar.

—¿Qué pasaría si le dijese que la quiero?

—Ed, por favor, seamos sensatos. ¿Sabe lo que puede ocurrir si alguien descubre que está usted aquí?

—Lo imagino. Pero no he podido alejarla de mi mente en todo este tiempo.

Ella desvió la mirada.

—Váyase ahora —murmuró—. No puedo... no puedo sostener esta situación sin que usted corra un gran riesgo.

—¿Yo? Dígame, ¿ha conocido ya al gran Keller?

—Sí... estuvo aquí esta tarde.

—¿Y...?

—Me dijo las condiciones del... del «contrato».

—Puedo imaginarlas, Ruth. Va a convertirla en su amante. ¿Le satisface a usted ese negocio?

—Por favor, Norton...

El la sujetó por los brazos, obligándola a enfrentarse con su mirada que ardía de fiebre.

—Escúcheme, Ruth. Es cierto que la quiero. También es cierto que no he podido alejarla de mi pensamiento y que la sola idea de que Keller pueda poseerla me pone enfermo. Pero hay algo más que quiero que sepa... Han sido hombres de Keller quienes han estado a punto de asesinarme esta noche. El ha ordenado que me mataran y me arrojasen al mar después. El matón que tumbé en San Francisco debe haberle presentado su informe.

Ella se puso lívida.

—¿Está diciéndome que Keller ha ordenado que le asesinaran, sólo porque usted habló conmigo en San Francisco?

—Ciertamente, así es. Aunque me cazaron por otro motivo. Sólo cuando el gran sapo supo quién era yo en realidad, ordenó que me hundieran en el mar, con un lastre de plomo en el cuerpo.

—Ed..., es horrible.

Poco a poco él la acercó hasta que casi la tuvo sujeta contra su

torso cruzado por el vendaje.

—Ruth, es tu vida lo que vas a destrozar. Y el día que Keller se hunda, tú te hundirás con él.

—¿Cómo... cómo sabes que ha sido él el responsable de lo que quisieron hacerte?

—El coche con que me llevaron de «paseo», y con el cual huí, está registrado a su nombre.

—¡Oh!

—Ruth...

Ella levantó la mirada hacia él.

Sus labios se encontraron de súbito, con furia, desesperadamente, como un estallido de fuego, de ansias liberadas.

—Sácame de aquí, Ed —jadeó la muchacha con la boca pegada a la de él—. Llévame a cualquier parte... lejos de esta casa.

—No podemos ir a mi hotel.

—Debe haber más hoteles, digo yo.

—Los recorrerán todos, seguro.

—Entonces, fuera de la ciudad, no importa dónde. Llévame contigo.

—¿No quieres llevarte nada?

Ella apartó el rostro unas pulgadas y le miró. Sus pupilas irradiaban luz.

—Nada de lo que hay aquí me pertenece. Si lo aceptase yo, le pertenecería a Keller.

—Muy bien, sólo vístete.

Volvió a besarla y luego la apartó suavemente.

En pocos minutos ella estuvo preparada para salir. Enfundada en un estilizado traje sastre y una blusita que moldeaba cada una de las curvas de su cuerpo de increíble belleza, su imagen soberbia se clavó en las retinas de Norton produciéndole un delicioso escalofrío.

Abandonaron el apartamento y él la llevó hasta el auto.

—Mira la patente y verás el nombre del gran sapo en ella —dijo, sombrío.

—No necesito verla para creerte.

El condujo con precaución hasta salir del distrito residencial. Luego, hundió el acelerador y enfiló la dirección de Burbank.

Rompió el silencio para preguntar poco después:

—¿Un motel estará bien?

—No importa el lugar.

Recorrieron un par de millas sin despegar los labios.

De pronto, ella susurró:

—Yo tampoco pude olvidarte, Ed.

—¿Qué?

—Es cierto. No me había sucedido nunca con ningún hombre.

Quizá estoy haciéndome vieja.

El rió sonoramente.

—Una anciana decrepita —dijo—. ¿No te miras al espejo, querida?

—Es una locura.

—¿Enamorarte?

—Huir de Keller. Nos buscará.

—Le pararé los pies antes de lo que imagina.

—Sueñas. Si sabes realmente quién es él, conocerás también su influencia, su poder...

—Y sus pistoleros. Tuve una buena experiencia. Bueno, ahora imagino que fue más de una. No pienses en él ahora. Sólo en nosotros.

Dejaron atrás las espesas edificaciones de la ciudad.

Minutos después, un rótulo amarillo surgió tras una curva.

El introdujo el auto por el camino del motel, se inscribió con nombre supuesto y les asignaron una pequeña cabaña rodeada de árboles.

El alojamiento se componía de una pequeña sala, un dormitorio, cocina y baño, todo ello limpio y amueblado con cierto gusto.

—No es un palacio como el que has abandonado, pero por lo menos éste no pertenece a Keller.

Inesperadamente se apagó la luz. El se volvió, intrigado.

—¿Qué haces a oscuras? ¡Ruth! ¿Qué diablos...?

—Ven aquí, Ed.

Siguió la dirección de la voz y de pronto ella estuvo entre sus brazos, con el maravilloso cuerpo palpitante y sus labios ardiendo con un estallido de llamas que les envolvió en medio de una vorágine de pasión que borró todas las inquietudes, todos los temores...

CAPÍTULO XII

A la mañana siguiente, Norton abandonó el coche en un estacionamiento público, paró un taxi y se hizo conducir a las inmediaciones del hotel donde estaba registrado.

Desde una cabina llamó telefónicamente.

—Aquí Norton —dijo—. ¿Hay algún recado para mí?

—Desde luego que sí, señor Norton. Un caballero telefoneó repetidas veces, ayer, tratando de localizarle. Vinieron también a preguntar por usted...

—¿Nadie de toda esa gente indicó dónde podría llamarles yo?

—¡No, señor!

—Ya veo. ¿No hay nadie esperándome por casualidad ahora?

—Lo ignoro, señor.

—Está bien, gracias.

Colgó. Consultó la guía y marcó el número de la compañía de transportes. Tras no pocas discusiones, consiguió establecer comunicación con la secretaria pelirroja.

—Soy Ed Norton, preciosa. ¿Se acuerda de mí?

—Por supuesto. El señor Carretti se puso furioso cuando le molesté con su absurdo mensaje.

—No obstante, se apresuró a llamarme. Establecimos una cita, pero me impidieron asistir a ella. Comuníqueme con él ahora si está ahí.

—Imposible. El señor Carretti...

—¡Al infierno con los trámites! El tiene más interés que yo en esa entrevista. Avísele.

—Trataré de hablarle. Déjeme su número de teléfono y...

—Hablo desde una cabina callejera. Y no puedo esperarle en el hotel esta vez, así que de usted depende que su jefe reciba cien mil dólares o un problema condenadamente malo.

Hubo una pausa mientras la secretaria reflexionaba.

Al fin dijo:

—Vuelva a llamarme dentro de quince minutos. Tome nota de mi teléfono directo para evitar demoras.

El lo anotó y colgó el teléfono.

Entró en un bar para matar el tiempo. Distraídamente, desplegó un periódico que alguien había olvidado en el mostrador.

Unos grandes titulares pregonaban:

PERIODISTA ASESINADO A TIROS

En letras más pequeñas, los titulares revelaban que el periodista era Bernie Dane, que estaba trabajando en una serie de reportajes sobre ciertos personajes del hampa y que se sospechaba que el crimen había sido cometido a causa de esos trabajos.

Una fría ira le invadió a medida que avanzaba en la lectura.

Bernie le había pedido su colaboración para desenmascarar a Harry Keller. Y ahora estaba muerto.

Sintió crecer la cólera como una ola gigantesca que llegara a ofuscarle la razón.

Dejó unas monedas sobre el mostrador, salió y a bordo de un taxi regresó apresuradamente al estacionamiento donde dejara abandonado el auto de los pistoleros.

Lo sacó procurando no tocar más que el volante y la palanca de cambios y emprendió la dirección del edificio policíaco.

Unas amplias rampas descendían hasta el aparcamiento de los coches oficiales. El descendió hasta los sótanos y detuvo el gran *sedan* negro.

Un hombre, cubierto con un mono gris, acudió apresuradamente.

—Espere un minuto —gruñó—. ¿Qué cree que es eso, un estacionamiento público?

—Sé perfectamente dónde estoy. Guarde ese coche sin tocarlo en absoluto. Debe contener huellas dactilares de unos asesinos... y además pertenece a Harry Keller. Voy a subir a hablar con el capitán Roeburt sobre este asunto.

—Bueno... no sé si...

Sin escucharle, se dirigió al ascensor.

Roeburt estaba sumergido en un mar de informes y documentos, cuando él irrumpió en su despacho.

—¡Cristo! —exclamó—. ¿Qué te pasó en la cara?

—Si te dijera que tropecé con una puerta no lo creerías. Por si te interesa saberlo, llevo un boquete en el costado que aún no ha visto ningún médico, y que fue producido por una bala de esta pistola.

Dejó el arma con silenciador sobre la mesa. Roeburt casi saltó de la silla.

—¿Carretti? —dijo tan sólo.

—Los hombres de Keller. Tuve una batalla campal anoche en la playa. Logré huir con el mismo coche en que me llevaron de «paseo». El auto está ahora abajo en el aparcamiento de este edificio. Imagino que, además de las mías encontrarás las huellas de los tres pistoleros. Shag, Brett y un tal Brown. El que me golpeó hasta dejarme fuera de combate fue otro cuyo nombre es Dodge.

Roeburt casi saltó hasta el techo.

—¡Maldita sea! Al fin parece que ese bastardo ha cometido un error...

—Espera un minuto.

—¿Por *qué*? No voy a dejar enfriar este asunto ahora.

—Bernie Dane, el reportero asesinado.

—¿Sí?

—El crimen ha sido obra de Keller también.

Explicó rápidamente la conversación que había sostenido con el periodista y añadió al final:

—No pude aceptar el trabajo, pero el destino ha querido que deba enfrentarme a Keller, así que voy a hacerlo con todas las consecuencias.

—Sí, bueno, pero ahora el asunto pasa a nuestras manos, Ed. Voy a mandar que lo traigan aquí para interrogarle.

—Así no conseguirás nada... Va a resultar que le robaron el coche. Apuesto que presentó una denuncia en ese sentido tan pronto supo que sus esbirros habían fracasado cuando iban a darme el pasaporte.

—Tal vez, pero ahora tenemos algo tangible con que machacar su coraza. Nunca habíamos dispuesto de nada tan concreto contra él.

—Espero que puedas manejar este asunto, Roeburt, porque si fracasas yo me encargaré de Keller... a mi modo. Bernie Dane era el mejor amigo que he tenido jamás.

—Espera un momento... Si crees que iniciando una cruzada privada vas a conseguir más que nosotros, es mejor que lo olvides.

—Veremos. Y ahora, ¿te importaría llamar a cualquiera de vuestros matasanos para que diera un vistazo a mi herida? Si voy a otro médico particular armará un lío al tener que denunciar una herida de bala.

—No te muevas de aquí.

Roeburt salió disparado.

Mientras esperaba, Ed aprovechó para telefonar de nuevo a la pelirroja.

—Norton otra vez —dijo—. ¿Qué noticias tiene?

—Oh, sí, señor Norton. Voy a dictarle un número de teléfono. Llame usted y podrá hablar con el señor Carretti.

—Gracias, primor. Dispare.

Anotó el teléfono y a continuación lo marcó. Una voz bronca respondió al otro lado. La reconoció con sólo oírla y dijo:

—Carretti, surgieron dificultades anoche.

—¡Maldito sea usted! ¿Cree que puede burlarse de mí? Estuve esperándole más de treinta minutos.

—Antes que usted vinieron otros. Hube de dar un largo paseo.

—No quiero explicaciones. Quiero ese dinero.

—Y yo quiero los pagarés.

—¿Dónde nos vemos esta vez?

—Dentro de una hora en su oficina.

—Nada de eso. Las oficinas son exclusivamente para mi negocio de transportes.

—Entonces, en el bar de mi hotel, sólo que me aseguraré de llegar después que usted.

—De acuerdo.

—¡No cuelgue aún! ¿Qué hay entre usted y Harry Keller?

Sonó una sorda maldición.

—¿A qué viene eso ahora?

—Keller ha estado a punto de asesinarme para que usted no pudiera cobrar esos cien mil. ¿Dónde entra él en este negocio?

—¡En ninguna parte! —bramó el hampón—. ¡Ese maldito...!

—Le contaré la historia cuando le vea. Fueron hombres de Keller los que me sacaron del hotel antes que llegara usted. Lo cual no deja de ser sorprendente si se detiene a pensarlo, porque él conocía

perfectamente que habíamos decidido reunimos en el bar...

—¡El teléfono!

—O el suyo o el del hotel están intervenidos, Carretti. Piénselo, porque si se trata del suyo también se enterará de esta conversación.

Colgó. A veces resultaba una gran cosa sembrar un poco de cizaña.

CAPÍTULO XIII

—Efectivamente, ese coche fue denunciado como robado —dijo Roeburt al regresar a la oficina.

—Lo imaginaba.

—Sin embargo, he despachado dos coches para que traigan aquí a ese bastardo.

—No conseguirás nada por ese medio.

—Veremos.

—¿Qué hay del médico?

—Te espera. Sígueme y te acompañaré hasta él.

Estaban en el pasillo cuando el policía preguntó como al desgaire:

—¿Qué hay de la dama?

—Llegó ayer.

—Ya lo sé. Tengo ojos en torno a ese apartamento.

—Entonces te dirían que yo fui allí anoche... en muy malas condiciones.

—Sé que alguien entró, pero ignoraba quién. También me informaron que ella salió después, acompañada.

—Por mí.

—¿Y...?

—Keller va a tener que comerse el contrato que tiene sobre ella.

—Ya veo. ¿Dónde está ahora esa chica?

—En lugar seguro.

—Espero que lo sea. Ya te advertí que Keller es una mala bestia.

—Basta a los reptiles se les aplasta la cabezota, Roeburt.

El médico policial examinó la herida y gruñó una sarta de recriminaciones a la improvisada cura.

—Le aseguro que el *whisky* que utilicé era de primera calidad, doctor...

—Tuvo suerte que no le disparasen con un arma de mayor

calibre.

—Ya lo sé. Una «45» me habría partido por la mitad.

—Casi.

Cuando abandonó el despacho del médico había transcurrido justamente una hora desde su conversación con Carretti.

Tomó un taxi y se fue directamente al hotel.

Descendió ante la entrada. Se apeó, buscando las monedas en el bolsillo.

Antes de que pudiera encontrarlas, una pistola tronó en alguna parte y un cristal del taxi saltó en añicos.

El taxista lanzó un grito, metió una marcha y salió zumbando, olvidándose del cobro.

Norton estaba rodando por la acera cuando el segundo disparo hizo que saltaran esquirlas de las baldosas a pocas pulgadas de su cabeza.

Toda la calle se había convertido en un manicomio, con gentes corriendo y atropellándose unas a otras.

Un coche comenzó a apartarse de la otra acera en el instante en que Norton conseguía parapetarse detrás de la hilera de autos estacionados junto al bordillo.

Para entonces ya tenía el «38» en la mano. El coche negro se deslizaba en diagonal. En su ventanilla hubo una llamarada y un nuevo estampido atronó la calle. La bala emitió un sonoro impacto al enterrarse en la carrocería que le servía de trinchera.

Entonces, Ed levantó su revólver y envió una larga andanada contra la ventanilla delantera del coche.

Los cristales saltaron, pero el coche aceleró y se hubiera perdido en la distancia de no suceder algo más.

Un largo «Buick» de color gris oscuro se despegó del bordillo más abajo de la calle, su motor rugió al ser acelerado brutalmente y en un segundo estuvo cruzado en la calzada, cortándole el paso al auto fugitivo.

Del vehículo gris pareció brotar un volcán. El tableteo de una pistola ametralladora convirtió la calle en un espectáculo demencial. El *sedan* negro pegó un brinco, trató de girar y la andanada de plomo le alcanzó de pleno como si quisiera segar por la mitad.

El parabrisas estalló. Lo demás fue una relampagueante pesadilla

que provocó un estrépito endiablado cuando el coche se estrelló convirtiéndose en un aplastado montón de chatarra.

Dentro de la chatarra, quedaron dos cadáveres convertidos en una criba.

El largo «Buick» gris pasó como un rayo por delante del hotel. Fugazmente, Norton tuvo una visión de dos hombres acurrucados en el asiento posterior y otro que conducía con la nariz pegada al volante.

Después, desapareció y sólo quedaron los aullidos de la gente, y los desolados silbatos de algunos guardias que comenzaban a acudir.

Norton se escabulló hacia el interior del hotel. El recepcionista le miró acusadoramente, pero pasó ante él en dirección al bar y allí estaba Frank Carretti en persona, escoltado por dos silenciosos individuos, cuyas caras eran tan expresivas como una gárgola...

—¿Oyó los fuegos artificiales? —le espetó Norton, sentándose.

—Usted es Norton.

—Y usted Carretti. He visto su fotografía algunas veces. Especialmente en los archivos policíacos.

—Siga así y le aplastaré.

—Imagino que los *torpedos* del coche gris trabajan para usted.

—Tomé precauciones, eso fue todo. Le necesitaba a usted vivo o perdía definitivamente ese dinero.

—Le quedo muy agradecido, Carretti.

—Al grano, desgraciado. ¿Dónde están los cien mil?

—¿Dónde están los pagarés, hijo de una zorra?

Carretti pareció que iba a estallar. De pronto, se echó a reír y cloqueó:

—¡Qué tipo! Insulto por insulto...

—Golpe por golpe...

—Yo no le he golpeado aún, Norton.

—Pero le gustaría hacerlo.

—Nada me encantaría tanto, lo confieso. ¿Tiene el dinero aquí?

—No lo llevo encima.

—Yo sí llevo los pagarés. Véalos.

Los examinó concienzudamente. Eran legítimos hasta donde podía ver.

—Le traeré su dinero en unos minutos.

Se fue al mostrador de recepción y pidió el sobre lacrado que dejara en custodia para ser guardado en la caja fuerte del hotel.

Después, con el sobre en la mano, regresó al bar.

El hampón esbozó una sonrisa.

—Es usted un muerto de hambre, pero es lo bastante tonto para ser honrado —comentó, embolsándose el sobre tras echar un vistazo al fajo de billetes.

—Ahora dígame una cosa, Carretti.

—¿Se refiere a Keller?

—Sí. Ha realizado varios intentos para que usted no recibiera ese dinero.

—El pretende arrojarme a los leones —dijo rechinando los dientes.

—No lo entiendo.

—Supongo que habrá oído contar muchas historias sobre mí... pero no todas son ciertas. Debo rendir cuentas de mis ingresos a... Bueno, imagínelo. Keller quiere quedarse con mi puesto, con el control absoluto de la costa.

—Sigo sin comprenderlo.

—No puedo entrar en detalles, pero últimamente unas inversiones que hice fracasaron... y en la actualidad no dispongo de la cantidad que debo liquidar a mis... este... superiores. Keller lo sabe y si no logro reuniría, él gana. Estoy exprimiendo a todo el que me debe un solo dólar y él intenta impedir que cobre. Por eso insistí en que fuera un desconocido quien trajera esos cien mil... pero él lo descubrió.

—Eso es lo que me intriga. ¿Cómo pudo saberlo tan pronto?

—Lo ignoro, Norton.

—Ya en San Francisco hicieron un intento de quitarme de la circulación... apenas unas horas después de haber recibido el encargo.

—Está bien organizado, el maldito...

—Usted no lo está menos, Carretti.

Éste se levantó. Sonreía, pero sólo con los labios. El resto de su cara era inexpresiva.

—Se ha portado usted bien, Norton. Pero a pesar de todo, sigue siendo un muerto de hambre.

—¿Dónde quiere recibir el puñetazo, gran tipo?

Los tres hampones se fueron dejándole solo.

Estaba encendiendo un cigarrillo cuando uno de los acompañantes de Carretti regresó. Apenas movía los labios al hablar y dijo, en una especie de gruñido:

—Dice el señor Carretti que usted debe saber que el teléfono que estaba intervenido era el de él, señor Norton, no el de este hotel.

—Ya veo... Dele las gracias de mi parte.

De modo que era así como le habían localizado en Los Ángeles, por medio de su conversación telefónica con Carretti...

Pero entonces, ¿cómo antes de esa conversación ya trataron de capturarlo, y mataron a Buddy Larsen?

Acabó con la cabeza dándole vueltas y lo dejó correr.

Tenía la esperanza de que las cosas se aclarasen por si solas... aunque hubiera de mediar una pequeña ayuda.

CAPÍTULO XIV

El capitán Roeburt sacudió la cabeza evidentemente disgustado.

—Trajo un pelotón de abogados —gruñó—. Le hicimos sudar sangre en el interrogatorio pero sin resultado. Se aferra a la historia de que el coche se lo habían robado y no hubo modo de hacerle apear.

—¿Qué dijo de los pistoleros que trataron de liquidarme?

—Nunca había oído hablar de ellos. ¿No es gracioso? Y hasta los limpiabotas de las esquinas saben que esos puercos cobraban de su nómina...

—De modo que se queda fuera otra vez.

—Por el momento tan sólo. Ha cometido el primer error. Le cazaremos, Ed.

Éste soltó un juramento en voz baja.

—Bernie Dane no estará muy satisfecho con esa espera, en el otro mundo.

—¡No podemos hacer más de lo que estamos haciendo...! y tú lo sabes.

—Eso es lo malo precisamente. Pero yo puedo hacer algo más.

Se dirigió a la puerta. Roeburt chilló:

—¡Vuelve aquí, maldita sea!

—No te pongas nervioso. En cualquier caso no te crearé ningún problema..., supongo.

Salió y cerró la puerta.

Abajo, se detuvo junio al sargento encargado de la centralita telefónica.

—Acabo de hablar con el capitán Roeburt, sargento —dijo—. El está condenadamente ocupado para venir ahora... Necesito localizar el domicilio de cierto teléfono.

—Usted es el señor Norton; ¿no es cierto?

—Ajá.

—Yo estaba aquí la primera vez que vino.

—Le recuerdo perfectamente.

—¿Qué teléfono es éste?

Se lo mostró, anotado en un pedazo de papel.

Cinco minutos después, junto al teléfono había anotada una dirección de Palm Beach.

Era la dirección de Frank Carretti, y el teléfono que le diera la pelirroja.

Caminó un buen rato, meditando sombríamente. Cuando se decidió, entró en un bar y pasó largo tiempo en el teléfono hasta conseguir lo que deseaba.

Y, finalmente, realizó una llamada, habló brevemente y colgó con tanta prisa como si temiera que alguien estuviera acechándole.

Fumó un cigarrillo y tomó café en la barra.

Cuando hubo transcurrido el tiempo que creyó oportuno, regresó al teléfono y esta vez telefoneó al propio Carretti. Cuando terminó su breve conversación, ya ningún poder de este mundo hubiera podido detener los acontecimientos.

Ruth le rodeó el cuello con sus brazos desnudos tan pronto entró en la cabaña del motel.

—¡Querido! Pasé tanto miedo desde que te fuiste...

Anohecía. El aire susurraba entre la arboleda. Los últimos pájaros alborotaban en el ramaje y todo era silencio y paz.

El murmuró:

—Ya nunca más habrás de tener miedo... excepto de mí.

Le apresó la boca en un beso profundo, interminable.

Cerró la puerta con el pie y se hundieron en la oscuridad del interior. Una oscuridad tibia y cómplice.

Más tarde, él anunció:

—Regresaremos a San Francisco por la mañana. Ya reservé pasajes en el avión del mediodía.

—¿Y qué voy a hacer allí, Ed? Keller impedirá que vuelva a trabajar en ningún espectáculo... Nos perseguirá...

—Actuarás en una obra nueva para ti.

—¿Qué? —exclamó, volviéndose hacia él y acercando su rostro con el cabello enmarañado—. ¿De qué estás hablando?

—¿No te gustará jugar un poco a ama de casa? Sólo para probar qué tal te sienta.

—¿Estás proponiéndome que me case contigo acaso?

—Yo no dije eso, pero si insistes me rendiré fácilmente, cariño.

—¡Oh, Ed!

—¿Insistes o no?

—¡Cuernos, claro que insisto!

Insistió de tal modo que la noche pasó en un soplo...

CAPÍTULO XV

Faltaban sólo unos minutos para abordar el avión. Norton compró los periódicos y con sólo desplegar cualquiera de ellos grandes titulares saltaron a sus ojos.

BATALLA ENTRE GANGSTERS KELLER, MUERTO

Tomó a Ruth del brazo y se apresuraron hacia el avión. Ella no podía ocultar su felicidad, y estaba tan absorta con sus sentimientos que no advirtió el interés de Norton por los titulares de los periódicos.

Sólo cuando ya volaban rumbo a Frisco él dijo:

—Keller ha muerto, querida.

Casi saltó en el asiento.

—¿Keller? —jadeó—. ¿Tú...?

—Yo estaba contigo librando otra clase de combate cuando sucedió... Echa un vistazo a eso.

Le pasó los periódicos.

La muchacha leyó rápidamente los reportajes, estupefacta y casi incrédula.

—No es posible... Keller y casi todos sus hombres, exterminados, y algunos apresados por la policía. Sin embargo, no han conseguido capturar ni uno de los que se enfrentaron a él...

—¿Qué más?

—Es absurdo... Lograron escapar llevándose sus propias bajas. La policía no lo comprende, según este periódico.

—No le conviene comprenderlo, imagino. ¿Dónde ocurrió todo esto, nena?

—¿No lo has leído?

—Sólo los titulares.

—En Palm Beach. Aquí dice que en las proximidades de varias residencias de lujo...

—Una de las cuales supongo que pertenece a Frank Carretti —suspiró Ed Norton.

—¿Cómo lo sabes, si no has leído nada de esto?

—Bueno... simple deducción, preciosa. No olvides que soy una especie de polizonte. Además, tengo la corazonada de que alguien dio la noticia a Keller de que tú y yo estábamos allí, bajo la protección de Carretti, al que yo debía pagar cien mil dólares.

—¡Ed!

—Sólo fue una llamada telefónica, mi amor.

—¡Ed, tú! —estalló la muchacha.

—Mejor dicho, dos llamadas en realidad. La otra fue a Carretti.

Ella cerró los ojos un instante.

El aprovechó para añadir:

—Tú sabes que Keller te habría perseguido hasta el fin del mundo. *Nunca* hubiéramos alcanzado la tranquilidad suficiente para vivir en paz... Había que hacer algo y lo hice.

—Es una especie de pesadilla, ¿no te parece?

—Pero que ya terminó... en lo que a ti atañe.

—¿Y a ti no?

El titubeó.

—También —dijo.

Pero su voz no sonó muy convincente.

Así llegaron a San Francisco.

CAPÍTULO XVI

Harlan, el prestamista de cara afilada, le miró fijamente y su expresión no era precisamente satisfecha.

—Estuvo a punto de estropearlo usted todo, Norton —gruñó al fin.

—Acabo de contarles la historia de lo sucedido, señor Harlan. Y tiene los pagarés sobre la mesa. ¿Qué más quiere?

Desde la butaca en que estaba hundido, el representante de la compañía aseguradora dijo:

—Apuró usted demasiado el tiempo... unas horas más y los cien mil dólares habrían quedado al descubierto en lo que al seguro se refiere.

—Lo sé, lo sé. Pero el hecho concreto es que el asunto ha terminado a satisfacción. ¿No es así?

—Afortunadamente. Aunque ha tardado usted veinticuatro horas en presentar el informe desde su llegada.

—Estuve muy ocupado, ustedes saben... En primer lugar, revisando los archivos de la policía. Es increíble la cantidad de fotografías de rufianes que poseen... Acaba uno mareado después de examinar toda la galería de celebridades. Aunque yo tuve suerte. Los tipos que buscaba estaban fichados.

Harlan enarcó las cejas, perplejo.

—¿Tiene eso alguna relación con el trabajo que hizo para nosotros, señor Norton? Porque si no es así, debo recordarle que mi tiempo es muy valioso.

—Yo también he de regresar a mi oficina —dijo Lewis.

—Tiene relación —espetó el detective, y ahora parecía haber perdido todo asomo de humor—. Una relación muy estrecha. Los dos fulanos que busqué en los archivos policíacos eran los que me asaltaron a la salida de mi apartamento, cuando iba a emprender el viaje a Los Ángeles. Primero pensé que eran pistoleros de Keller,

cuando averigüé que éste intentaba evitar la entrega de los cien mil dólares. Después me di cuenta de que estaba equivocado. Aquellos dos pillos no trabajaban para Keller ni para Carretti. De modo que había una tercera fuerza en juego. Me daba vueltas la cabeza sólo de pensarlo.

Harlan se enderezó en su sillón.

—¿Una tercera fuerza? —balbuceó—. No le comprendo, Norton.

—¡Ni más ni menos!

—Pero ¿de qué está hablando, hombre? —exclamó el prestamista—. No, entiendo nada en absoluto.

—¿Recuerda cuando le llamé desde Los Ángeles?

—Sí, claro...

—Entonces le pregunté quién más estaba enterado de mi misión, además de usted y del señor Lewis, de la compañía aseguradora.

—Y yo le dije que nadie más. En absoluto. Ni siquiera el deudor del dinero sabía a quién se encomendaba el pago.

—Eso fue lo que me dijo.

—¡Maldita sea! Estoy dispuesto a sostenerlo en lo que a mi atañe. Mantuve absoluta discreción.

—¿Y usted, señor Lewis, informó a alguien?

—No, en absoluto. Manejé esa póliza personalmente.

—Claro, claro...

Harlan trató de sonreír.

—Está viendo usted fantasmas, Norton —dijo, aliviado—. De algún modo, los asaltantes trabajaban para Keller...

—Eran independientes. Rufianes de baja estofa, locales. Uno de ellos perdió un ojo en el tumulto, ¿saben?

Harlan dio un respingo. Las papadas de Lewis se agitaron.

—No comprendo lo que quiere usted decir, francamente —gruñó el agente de seguros.

—Es sencillo. Si alguien sufre un accidente que le cuesta un ojo, debe recurrir a un médico sin ninguna duda. El lo hizo. No tenía más remedio. Así fue cómo le localicé.

Las últimas palabras quedaron flotando en el ambiente como una niebla.

Harlan murmuró:

—¿Lo han detenido?

—Pues no... lo cierto es que hice un trato con él. Dejarle en paz

si hablaba. Y a nadie le gusta la cárcel, por supuesto.

Harlan se secó el sudor de la frente con un arrugado pañuelo.

Lewis se levantó.

—Lamento no poder quedarme más tiempo —dijo cuando consiguió que su gordo cuerpo estuviera de pie—. Recordaré su nombre, Norton, si mi compañía necesita alguna vez a un buen detective.

—Estoy seguro que me recordará usted, Lewis. Nadie olvida al hombre que le hunde en la prisión por un montón de años.

—¿Se ha vuelto loco?

Harlan se levantó poco a poco.

—¡Norton! —jadeó—. ¿No estará acusando al señor Lewis...?

—Ya lo creo que sí. El contrató a esos dos hampones de mala muerte.

Lewis barbotó, lívido:

—¡Está loco, maldita sea!

—Estuvo a punto de salirse con la suya —dijo Ed por toda respuesta—. Me quitaban de en medio, usted se quedaba con los cien mil y la única perjudicada era la compañía, que habría debido pagar...

Harlan casi se ahogaba. Una oscura idea estaba abriéndose paso en su mente.

—¡Lewis! —chilló—. ¡Desmíentele! ¿O es cierto todo esto?

—¡No, maldito sea, no lo es! ¿Cómo iba a perjudicar yo a mi propia compañía?

—Tal vez no pensaba perjudicarla —dijo Norton con calma—. Si yo desaparecía y durante tres días el dinero no era entregado a Carretti, la póliza caducaba, quedaba nula. El único perdedor habría sido el señor Harlan en este caso.

Lewis boqueó pero fue incapaz de articular palabra.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, muy digno.

Ed estuvo a su lado en dos saltos, le obligó a girar y su puño derecho subió como una bala hasta retumbar contra la triple papada del asegurador.

Toda la enorme humanidad del gordo se arrugó y quedó sentado en el suelo, casi gimoteando.

Harlan apenas podía creerlo.

—¡Cien mil dólares! —susurró—. ¡Iban a estafarme cien mil

dólares...!

—Usted hubiera sido el único perdedor, realmente.

—Norton, me gustaría encontrar palabras con que agradecerle...

—No necesito palabras. Es mejor que vaya pensando en una recompensa más sustanciosa, usted sabe. Un tipo que va a casarse tiene muchos gastos.

—¿Casarse? —bufó—. ¿Quién demonios va a casarse?

—Yo.

Ed descolgó el teléfono y llamó a la policía para que se ocupasen ellos del gordo que seguía sentado en el suelo, hundido definitivamente.

Tras esto, hizo un ademán de despedida a Harlan, pasó por encima del corpachón derribado y se dirigió a la puerta.

En el coche estacionado en la calle esperaba la muchacha.

Estaba besándola cuando la primera sirena policíaca aulló, aproximándose.

Norton despegó el auto de la acera y se alejó. Por una vez, puede decirse que condujo rumbo a la felicidad.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



